

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, ect., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—La Moda, nuevo prospecto.—Revista de teatros.—D.^a Beatriz de Galindo la Latina, biografía.—La feria de Sevilla y exposición de pintura.—Colección de novelas de Fernán Caballero, anuncio.—Explicación del figurín.—Id. del patrón.—Fantasía religiosa.—Geroglífico.—Las siete virtudes capitales, por D.^a Robustiana Armiño de Cuesta.—La conquista de Granada, poesía.—Prendas de amor, romance.—Costumbres. La vida es sueño.—La niña envidiosa, poesía.—Al artista, poesía.

LÁMINAS.—Figurín de modas.—Gran patrón de cortes de vestidos.—Un precioso dibujo de tapicería en colores.—Un país para abanicos.

LA MODA.

NUEVO PROSPECTO.

Como habrá podido observarse, las mejoras que sucesivamente hemos hecho en nuestra publicación han ido mucho más allá de nuestras ofertas, estimulados siempre á ello por el favor del público y por la benevolencia con que ha acogido y sigue acogiendo nuestras tareas. El aumento de suscripciones nos ha obligado á reimprimir por dos veces los primeros números para atender á los pedidos, y esto no ha bastado aun á satisfacer los deseos de los que últimamente nos los solicitan, esperando tan solo que nuestras ocupaciones nos permitan hacer una nueva edición de los números agotados, á fin de no dejar incompleta para algunos suscritores de reciente ingreso la colección del presente año.

En vista de esto, la empresa creería faltar á una justa consideración de gratitud, si á medida que aumenta en utilidades no hiciésemos partícipes de estas ventajas á sus constantes favorecedores, y en su consecuencia ha

determinado hacer desde primero de Junio una importante alteración en el modo de publicación de *La Moda*, según vamos á manifestar.

Gran número de periódicos de la naturaleza del nuestro se publican en París: de ellos los hay que salen á luz todas las semanas, cuando otros lo hacen una vez al mes. Así estos como aquellos poseen sus especiales ventajas, que nosotros hemos procurado combinar en el nuevo sistema de publicación que hemos adoptado, buscando un medio que concilie los estrémos de tal manera que ni se interrumpa la inserción de ciertos trabajos algo extensos, haciéndoles perder con ello gran parte de su interés, ni el largo período de un número al inmediato deje fuera de oportunidad ciertas noticias, ciertas descripciones, ciertos asuntos en fin que no pueden esperar su vez de un mes á otro. Al efecto, el primer domingo de cada uno de estos repartiremos un cuaderno de tres pliegos, acompañado de un figurín de modas de París, de un pliego grande de patrones, de un dibujo de tapicería ó de crochet y de una lámina que sirva para copiar un dibujo á uno ó dos lápices.

Los demás domingos daremos un número de medio pliego, conteniendo críticas y noticias teatrales, composiciones breves en prosa ó verso, en suma, todo lo que sea de importante actualidad, reservando para el cuaderno del mes, además de esto mismo, las novelas, cuentos, biografías, y demás materiales de igual especie, procurando, en cuanto sea posible, no queden en suspenso de un número á otro. En todos ellos continuaremos insertando geroglíficos, charadas, enigmas, y cuanto pertenezca á esta parte puramente recreativa.

A poco que reflexionen nuestros suscritores respecto á este nuevo sistema de publicación, se convencerán de que les es doble-

mente ventajoso, así porque se les ensancha el campo de las producciones que podrán ahora insertarse dándoles mayor aliciente y variedad, cuanto porque en realidad reciben por igual precio mayor cantidad de lectura, sin perder por eso el periódico ninguna de las condiciones que por tantos años le han grangeado el favor del público.

La empresa no duda, por tanto, que estas innovaciones serán recibidas por aquel como una prueba mas de que no perdona sacrificios ni desvelos para corresponder dignamente á la deferencia con que son acogidas sus tareas.

LOS REDACTORES.

REVISTA DE TEATROS.

CIRCO.—*Florinda*, ópera en tres actos.—BALON.—*Chicot ó el bufon del rey*.—*Funcion monstruo*.—*Contrata del Sr. Delgado*.—PRINCIPAL.—*Noticias de la temporada de verano*.

La mas importante novedad del Circo ha consistido en la ópera cuyo título llevamos apuntado ya, y la cual fué perfectamente recibida del público, habiendo logrado hasta la fecha un no escaso número de repeticiones, siempre con aplauso. La letra de *Florinda* ha sido escrita por el Sr. D. Francisco de Paula Hidalgo, y la música por el maestro director de la orquesta de dicho teatro D. Luis Otero; personas ambas muy entendidas y muy justamente apreciadas en Cádiz. Como en una obra lírica lo de mas es la música y lo de menos es la letra, aunque no debiera ser así, principiaremos por aquella.

Florinda no solo es una ópera, sino que es una verdadera ópera italiana, sin otra diferencia sino que se canta en castellano y que no tiene otros recitados que los correspondientes á algunas piezas; pero el carácter de la música es tal y tan marcado que no puede dar lugar á duda alguna en este punto. Cosa naturalísima es esta, y era por tanto muy de preveer, toda vez que el Sr. Otero, aunque hace bastantes años que reside en Cádiz, ha nacido y ha hecho sus estudios músicos en Italia.

Respecto al mérito de la obra, diremos que en nuestra pobrísima y desautorizada opinion

el autor ha conseguido colocar con ella su nombre á una respetable altura, debiéndose augurar muy favorablemente de quien con acierto tal ha dado sus primeros pasos en tan difícil senda. El final del acto primero nos ha parecido muy bien escrito, y el terceto del segundo es un bellissimo trozo de música, que todas las noches se ha repetido á instancias del público. No son estas ciertamente las únicas buenas piezas de la ópera, ni tampoco las únicas que fueron aplaudidas; pero ellas y el aria de tenor nos parecieron las mejores, si bien es muy fácil que en esta apreciacion del mérito relativo nos hayamos equivocado, puesto que estamos muy lejos de ser inteligentes.

Respecto al argumento diremos que lo llamamos bastante bien acomodado á las condiciones de una ópera, si bien habríamos deseado que algunos versos de metro lírico hubieran sido colocados en el canto y no en la declamacion; y al contrario, que algunos de los cantados tuvieran una armonía y un corte mas á propósito para su destino. Esta, como se vé, es cuestion de mera práctica.

La ejecucion ha sido bastante esmerada, y todos los artistas han llenado sus correspondientes papeles, teniendo mayor ocasion de distinguirse en los suyos la Sta. Hernandez y los Sres. Gonzalez y Fábregas. El primero de estos, especialmente, caracterizó muy bien á D. Rodrigo.

Tanto los autores como los cantantes fueron muy aplaudidos, y concluida la ópera el público pidió y obtuvo el que unos y otros se presentasen en el escenario para ser saludados de nuevo.

El Balon ha seguido capeando el temporal, pues ya se sabe que la actual época del año es de las peores ó la peor acaso para los teatros de Cádiz. Díonos ha dos domingos *Chicot ó El bufon del rey*, drama de munición, cuyo argumento está tomado de los tiempos de la santa liga en Francia, á la cual le han levantado los autores tantos falsos testimonios dramáticos. Aquí el bufon tiene por rival en su protagonismo á un lego de Santa Genoveva, gloton y borracho, el cual es el encargado de predicar los sermones á los miembros de la liga. Aquí el rey es conducido á una celda vestido de penitente y le hacen firmar los frailes nada menos que su abdicacion; pero el tal rey no era otro que el bufon, y como abdica bajo el nombre de Chicot primero, resulta nula la renuncia; cir-

cunstancia en que no habian reparado ni Guisa, ni Mayena, ni el duque de Anjou, ni el abad, ni los frailes, ni nadie en fin; lo cual prueba que en este drama todos carecen de sentido comun, principiando por el autor de él. Sin embargo, como este género es popular, y como además la obra fué bien ejecutada, especialmente por los Sres. Vico y Jimenez, obtuvo bastante aplauso.

Recientemente y á beneficio del Sr. Brotons se ha representado en el mismo coliseo una funcion mónstruo: es el repertorio dramático salido de madre. Componian aquella el drama en seis actos *D. Enrique el Bastardo*, y el idem en once cuadros *El Trapero de Madrid*, todo ello con intermedio de un baile. No sabemos qué día concluyó el espectáculo, así como tampoco sabemos de qué están formados los pulmones que tan largo resuello tienen. El hecho es que hubo público que se tragó de cabo á rabo esta larga sogá de pozo.

Antes de concluir lo relativo al coliseo del Balon, diremos que el distinguido actor Sr. Delgado acaba de contratarse para dar en él algunas funciones, empezando por *La bola de nieve*, de la cual se nos han dado muy buenas noticias. Procuraremos tener á nuestros lectores al corriente de las tareas que han de tener lugar en este teatro.

Respecto al Principal solo podemos decir que, segun se nos ha asegurado, muy en breve llegará la compañía lírica que actúa en Sevilla, puesto que existe un contrato que fija un término al empresario de aquella para su traslacion. Tambien parece resuelto que al menos por ahora alternarán con los trabajos líricos los dramáticos, organizándose al efecto una compañía que tendrá por base á actores de la que ha funcionado hasta ahora, y en la que ingresarán como primeras partes el Sr. Parreño y la Sta. Buzon.

Todo esto se nos ha dado como oficial por personas competentes. Si alguna variacion hay dependerá de circunstancias imposibles de preveer; pero que hoy no hay motivo para temer que surjan.

Concluirémos con una palabra relativa al teatro del Circo. Junto á la entrada á las lunetas ha formado el continuo piso un hoyo que amaga ser pronto una sepultura en toda forma. Esto, y la extraordinaria salida de las luces del escenario, con grave daño de los ojos del público, y alguno que otro clavo que se insurrecciona en las butacas con no menos daño de los pantalones y aun de las

carnes de los concurrentes, deben llamar seriamente la atencion de quien corresponda á fin de que en ello se ponga pronto y eficaz remedio.

F. F. A.

D.^a BEATRIZ DE GALINDO LA LATINA.

Doña Beatriz de Galindo, conocida por la Latina, por su pericia en este idioma, nació en Salamanca por los años de 1470, de una familia de las mas distinguidas, oriunda de Zamora.

Recibió la esmerada educacion que correspondia á su elevada clase, y como en sus primeros años manifestaba grande inclinacion por la vida monástica, su padre la hizo aprender algunos rudimentos de la lengua latina, colocándola de este modo en su propio terreno, y favoreciendo su propension al estudio que habia de hacerla ocupar un lugar tan distinguido.

Tan grande era la aficion de Beatriz al estudio, tan grande su constancia para vencer los obstáculos, y dió tales muestras de inteligencia en el aprendizaje latino, que viendo su padre tan precoces adelantos la dedicó al estudio de las bellas artes, y en especial á la Retórica, haciendo en ella tales progresos, que á los catorce años escasos era el asombro de los hombres ilustres de Salamanca, elogio de los mayores si se considera la ilustracion difundida entonces en aquella ciudad.

La fama de estos progresos llegó muy pronto á oídos de la magnánima Isabel de Castilla, augusta protectora de la virtud y del talento, y que tanto distinguía y apreciaba las damas que poseian una instruccion regular, señalándolas siempre en su Corte, así como á los hombres célebres por sus conocimientos los ensalzaba y honraba sobre los demás caballeros.

Quiso esta augusta señora conocer á la jóven salmantina, agradándola tanto en las conferencias que con ella tuvo, que la nombró inmediatamente dama de servicio, prodigándola las mayores muestras de aprecio.

Trasladada Beatriz desde el modesto retiro que ocupaba en casa de sus padres, al bullicio de la Corte, vióse al instante rodeada del aplauso y la amistad de los hombres célebres, recibiendo de su soberana la prueba mas esplicita de amistad, y el galardón merecido por sus profundos conocimientos.

Isabel de Castilla, la Reina inimitable y justiciera, conociendo que sobre la soberanía de los reyes está la soberanía de la inteligencia, no vaciló un momento en deponer la magestad del trono á los pies de la salmantina, dándola toda su confianza, y haciéndose discípula de una jóven de tan corta edad.

Crecia con esta enseñanza el amor de la gran Reina hacía su maestra, recibiendo Beatriz continuas muestras de la bondad de su discípula, y de la liberalidad de su soberana. La perspicacia de Isabel la Católica descubrió muy pronto en su maestra y amiga tal fondo de prudencia y aplo- mo, que trataba con ella los asuntos mas importantes del Estado, por lo que la eminente li- terata mereció el nombre de «Consejera de la Reina.»

Es indudable que ninguna mujer de su épo- ca tuvo tanta influencia en el ánimo de Isabel co- mo aquella jóven salmantina; pero Beatriz era el tipo mas puro de lealtad y honradez, y merecedora en verdad de la confianza de su Reina, por- que jamás abusó de ella, ni se prestó á servir de instrumento á las intrigas palaciegas, procurando conservarse ilesa en medio del aire corruptor de la Corte. ¡Cosa admirable en una mujer! que lo- gró sostenerse en su envidiable posicion, sin de- mostrar jamás altivez ni vanidad, y presentándo- se siempre adornada con su encantadora mo- destia.

Apenas llegó á una edad oportuna la casó la reina con el distinguido general de artillería D. Francisco Ramirez de Oreno, nombrándola ca- marera mayor, para que no se separase de su lado.

De este matrimonio tuvieron dos hijos; el pri- mero ahijado de los Reyes Católicos, al que pu- sieron por nombre Fernando; y el segundo Nu- ño, que fué un militar tan distinguido como su padre.

Levantáronse los moriscos en la Serranía de Ronda, y Oreno que tan bizarramente se habia distinguido en Granada, murió desgraciadamente peleando contra los revoltosos, noticia que dejó sumida en el mas acerbo dolor á su jóven espo- sa, que se resolvió á permanecer viuda por el resto de sus dias, despreciando los ventajosos enlaces que le propusieron los Reyes Católicos.

Aunque D.^a Beatriz permaneció en la corte, vivió siempre muy retirada, gozando de la amis- tad mas íntima para con la Reina Isabel que la daba continuas muestras de su escelsa gratitud; y dedicándose con esmero á la educacion de sus dos hijos. Ocupábase tambien D.^a Beatriz en la fundacion de un hospital, cuyos primeros ci- mientos habia mandado echar su marido, y en la de dos monasterios de religiosas que se pro- ponia dotar con insigne piedad.

Llegó al fin el año de 1504, y con el tuvo D.^a Beatriz la desgracia de perder aquella buena amiga y escelsa discípula, la gran Isabel de Cas- tilla, pérdida que sintió como una de las may- ores desgracias que hubiesen amargado su vida.

Despues de haberla tributado los últimos ho- nores acompañando su cadáver hasta Granada, regresó á Madrid donde concluyó el hospital y los dos conventos de la Concepcion Gerónima y de la Concepcion Francisca.

Retirada en una habitacion que se habia re- servado en el hospital para poder atender á los

enfermos, no asistia ya á ninguna diversion mun- dana que habian perdido para ella todo su atrac- tivo, y falleció en dicha habitacion el 23 de No- viembre de 1534.

Su cadáver se trasladó al monasterio de la Concepcion Gerónima, donde se enterró en el coro bajo, y poco tiempo despues se erigieron á los lados del altar dos monumentos en memoria de D.^a Beatriz y de su esposo.

El hospital fundado por esta célebre salman- tina, existe en el extremo derecho de la calle de Toledo esquina á la plazuela de la Cebada, el cual, lo mismo que todo el cuartel en que está situa- do, conserva el nombre de la *Latina* con que era conocida D.^a Beatriz de Galindo.

MARIA FRANCISCA LOPEZ DE HARO.

LA FERIA DE SEVILLA Y ESPOSICION DE PINTURA.

Como unos 492 años despues del diluvio, el famoso Hércules Livio fundó una ciudad que nom- bró Hispalis, á la orilla izquierda del caudaloso Betis, unas 18 leguas antes de su desembocadura en el Océano: esta ciudad es Sevilla y el Gua- dalquivir que es el mismo rio que la vió nacer, sigue todavía besándola y ofreciéndola guirnaldas de flores en su orilla, y perfumes deliciosos que roba á los naranjos y limoneros, que viven junto á él. Los templos dedicados á Hércules, Júpiter y Venus, han desaparecido; las mezquitas y los templos cristianos se han disputado desde enton- ces el privilegio de colocarse en su lugar.

La muralla es un collar de oro que Julio César regaló á la ciudad y roto por la fuerza de los siglos lo han ido uniendo con eslabones falsos; porque cada generacion tiene el privilegio de retratarse á sí misma, para que al lado de obras maestras, los pueblos en decadencia luzcan su caricatura.

En el siglo XV se coloca la primera piedra de un monumento que puede competir con los de la antigua Grecia y la potente Roma: la Catedral de Sevilla es un gigante que sirve de centinela á la ciudad, dominando un pueblo que tiene una legua de circunferencia sin contar los arrabales: es como decia el distinguido autor del D. Alvaro,

Inmensa mole de piedra
Por alta torre guardada,
Donde el hombre se anonada
Porque la imagen le arredra
De la sombra de su nada.

En frente de este palacio levantado por la fé cristiana, hay otro que se llama el Alcázar; viejo nido de reyes que yace abandonado tal vez porque no hay una sola habitacion que no recuerde un crimen, ó una losa que no esté manchada de sangre humana: este gótico palacio es sin embargo bellissimo, y tiene jardines deliciosos que se abren al público en la estacion de las flores.

Muchos monumentos cuenta Sevilla dignos de atencion, y muchos y distinguidos hombres ha producido en artes y en letras, conservando siempre un carácter propio y original entre todas las provincias de España.

La Semana Santa ha sido hace mucho tiempo por sus fiestas religiosas la admiracion de propios y extraños; hoy la curiosidad se dobla con su famosa feria, célebre entre todas las de la península, á pesar de los pocos años que cuenta de existencia. De todas partes acuden á este gran bazar, donde se encuentra cuanto imagina el deseo: aquí potros andaluces de gallarda presencia; allá toros bramadores de sangre ardiente, feroz empuje y excelente estampa; acullá manadas de utilísimas ovejas; entre un sin número de animales de todas especies, diseminados en una estension de terreno que ofrece la ciudad en su parte sur. Centenares de tiendas bellísimas pueblan el real de esta feria, que no solo atrae las gentes para los negocios de compra y venta, sino es tambien con el objeto de lucir algunos sus prendas personales, y otros las de sus caballos. Nada mas heterogéneo ni mas curioso que esta sociedad de reyes y de pastores, de hombres y de fieras. Este magnífico panorama haría recordar á Lamartine la poesía de los pueblos de beduinos nómadas, que plagian los pueblos civilizados de las hordas del desierto. Muchas tiendas sirven de recreo y ofrecen grata sombra á sus dueños durante las horas de calor, dando en ellas lujosos bailes y espléndidas comidas: otras, que son infinitas, sirven al pueblo para los sacrificios á Baco: en muchas se anidan para hacer buñuelos las gitanas, esas mujeres de la raza mas vieja y que mas conserva su sangre ligera y sus alegres hábitos en el mundo: no tienen rival en sus gracias, y nadie puede resistir la fascinacion de esas bohemias que obligan á comprar su mercancía, vertiendo su sal con agudísimo ingenio. Puestos de juguetes y vendedores de todas clases, entre los cuales forma singular contraste con los del país, el moro ó moros que con dátiles de Berbería se muestran siempre tristes y abismados, como si recordaran que en este pueblo perdieron sus abuelos sus tesoros y sus propiedades; con tanta mas razon, cuanto que mucha parte de la ciudad es aun hoy día de construccion árabe, y donde las costumbres orientales tanto se reflejan, particularmente en el interior de las casas con sus patios, sus fuentes, sus baños y sus jardines.

Otras muchas cosas completan la barahunda en la calle Nueva y son los niños fenómenos, los monos sabios, los gigantes, los polichinelas, las

pulgas trabajadoras, y cuanto puede estimular la curiosidad de tanta gente ociosa, en medio del insufrible griterio de los vendedores de avellanas y garbanzos, de bocas de la Isla y cocos de la Habana.

Pequeño bosquejo de esta feria cuyas grandes proporciones solo podemos admirar en ella.

Réstanos hablar todavía de la esposicion de pintura, y aunque brevemente nos ocuparemos de ella, siquiera porque nuestra humilde opinion á propósito de la de este año no pueda traducirse libremente.

La iglesia del museo era el salon destinado á la exhibicion de los pintores de actualidad: al entrar en tan grandioso local la vista se inclina naturalmente á los famosos cuadros de Murillo y Zurbarán que decoran el frente principal; pero nuestro objeto era estudiar los pintores vivos, y empezamos nuestra tarea deseando encontrar en la patria de Velazquez siquiera un heredero, ya que no de su talento, al menos de las tradiciones de su escuela.

Desgraciadamente el pintor que la Europa entera acata hoy estudiándolo y robándole el sistema que inventó su talento, es extranjero en su patria, nadie lo conoce ó se desdennan de tenerlo por maestro, y si al menos hubiera alguno entre los pintores modernos, como Luis de Vargas en el siglo XVI, ó despues como Juan de las Ruelas ó Francisco de Herrera el Viejo, aun se les podia perdonar tanta indiferencia ó tanto amor propio; pero la escuela Sevillana tiene hoy la vida de las tumbas: un brillante y magnífico epitafio constituye el emblema de sus glorias. Estamos muy lejos de creer que mañana no salga tal vez de entre esa multitud que se dedica entusiasmada á las artes alguno que haga honor á un pueblo donde todos nacen pintores y poetas, segun la feliz espresion de D. Vicente Lopez, distinguidísimo pintor que ya no existe.

Entre los cuadros espuestos habia sin embargo dos preciosísimos juguetes, que no por ser pequeños dejan de tener un gran mérito por estar pensados con talento y ejecutados con habilidad: la lectura del Padre Cobos forma el asunto de los dos cuadros; el uno entre la elegante sociedad, el otro entre el pueblo: llenos de vida y de carácter, recuerdan á Teniers, y aunque con pequeños lunares estos cuadros pueden y deben lisonjear á su autor.

Barron, he aquí el nombre que monopoliza la gloria del paisaje en Sevilla y al saber que el mejor cuadro que habia en el salon era el suyo, quisimos verlo y examinarlo detenidamente.

Nosotros que en otra época hubiéramos querido aprender con él porque sus paisajes tienen el privilegio de ser mentiras muy bellas, nos ruborizamos hoy por nuestra ignorancia.

El paisaje ha llegado á ser, gracias á los hombres de talento que se han dedicado á él, un asunto de interés y hasta filosófico. El pintor de paisaje no tiene el derecho de falsear la luz, ó producir la armonía haciendo caballos verdes,

borregos azules y árboles de cristal: dentro de la naturaleza real existen millares de cuadros infinitamente mas bellos que los que el hombre mas poeta puede imaginar. Barron necesita estudiar la naturaleza despues de haber visto los paises de Pusin y Claudio de Lorena, ya que no quiera por espíritu de independencia aceptar las lecciones de Robers el maestro de nuestro Villamil ó de Brascassat cuyo talento se revela en el rincon mas indiferente de cualquiera de sus cuadros, ó Poitember cuya celebridad vivirá tanto como los siglos y de tantos otros belgas ó franceses que pasan su vida estudiando la anatomía de las plantas y de los animales y sorprendiendo la naturaleza para ofrecérsela despues. Barron es un hombre laborioso y pudiendo conquistar un nombre no debe contentarse con pintar para los ignorantes.

Diez tiene un paisaje muy lindo hecho con mucha conciencia que revela lo mucho que debemos esperar de sus facultades en este género.

Las Marinas de D. Santiago Rotalde pintadas con brio y transparencia son tambien cuadros muy dignos de notarse, tanto mas cuanto que su autor con una carrera brillante no ha podido disponer del tiempo para estudiar detenidamente la pintura: por eso sus cuadros son todo imaginacion, todo espontaneidad.

Muchos pintores de reconocido mérito dejan de tomar parte en esta exhibicion, por lo cual nos abstenemos de juzgarlos, tanto mas cuanto que la opinion pública ya lo ha hecho favorablemente en diversas ocasiones, á nuestro modo de ver con justicia.

MANUEL SANCHEZ RAMOS.

Cádiz 15 de Mayo de 1856.

COLECCION DE NOVELAS ORIGINALES

DE

FERNAN CABALLERO.

Esta interesante publicacion ha empezado á salir á luz en Madrid en el establecimiento del Sr. Mellado, en una escogida edicion, por tomos de una forma muy manual y elegante, encuadernados á la francesa, con mas de 200 páginas de impresion, al equitativo precio de 8 rs. cada uno.

El primer tomo se halla á la venta en la Revista Médica, plaza de la Constitucion n.º 11, y en la Librería Española, calle de Riego esquina á la de Bazan n.º 56.

Explicacion del figurin de Modas que acompaña al presente número.

TRAGES DE PRIMAVERA.

Primer figurin.—Trage de tafetan color de flor de malva con siete volantes rizados á cañoncitos, cargando los unos sobre los otros: monillo cerrado abrochado con faldetas que concluyen por un volante rizado. Un pedazo de tafetan rizado en forma de buche hace la solapa del monillo. Mangas lisas hasta el codo, concluyendo con dos volantes rizados. Cuello de punto de Inglaterra. Mangas blancas hechas de un gran buche y un volante de punto de Inglaterra. Guantes paja. Brazaletes ricos. Sombrero de crespon blanco rodeado de terciopelo color de flor de malvas y guarnecido de volantes de blonda: á los lados cascadas blancas: coleta de crespon rodeada de terciopelo color de flor de malvas, en el interior flores lila y moños blancos y lila.

Segundo figurin.—Trage de gros esmeralda y florecitas negras. Monillo con cotilla delasite y detrás adornado con un buche de cinta verde que parte de la espalda y viene á formar solapa por delante: este buche está rodeado de guipure. Mangas lilas hasta el codo, concluyen por un grande volante del mismo género; en medio de la manga se pone un buche y se sujeta al codo por un nudo de cinta con cabos largos. Cuello de punto de Venecia. Mangas blancas formadas de un buche y un grande volante de encaje. Sombrero de crespon rosa con dos grandes volantes de blonda: en cada lado del ala ramos de rosas de musgo con pimpollos y hojas. Moños rosa. Guantes lila y brazaletes ricos.

Explicacion del Patron que acompaña al presente número.

MANTELETA CHANTILLY.

N.º 1.—Delantero.—N.º 2. Espalda.—N.º 3. Pieza que forma la manga. Este molde se une al n.º 1, poniendo la letra A del n.º 3 sobre la misma letra del n.º 1, y cosiendo la estremidad opuesta en el sitio marcado B sobre el Patron n.º 2 para formar una especie de cinturón por el cual se introduce el brazo, con el fin de formar la manga y hacerla ajustar al talle.—Esta manteleta se guarnece con un fleco de bellotas y encajes ó guipures.

N.º 4.—Figurin que demuestra el efecto de la manteleta.

N.º 5.—Guarnicion al pasado y punto de ojal para mangas.

N.º 6.—Salpicado para mangas al pasado.

- N.º 7.—Embutido al pasado.
 N.º 8.—Cuello al pasado y punto de ojal.
 N.º 9.—Embutido al pasado y punto de ojal.
 N.º 10.—Petaca de paño. Se cortan dos pedazos de paño azul, sobre el diseño n.º 10. Se calca el dibujo sobre cada uno de los dos pedazos, despues se coloca un pequeño pedazo del mismo paño cuidadosamente recortado sobre la hoja marcada A. Tres pedazos de paño color de madera sobre las hojas B. Cinco de paño grana sobre las palmas C. Seis de paño verde sobre las hojas D, y en fin dos de paño granate sobre las hojas E.—Se pega cada una de estas flores, palmas ú hojas en el sitio que debe ocupar, con goma algo espesa. Despues se rodean las hojas con cordoncillo de oro; las dos líneas que se cruzan para rodear el dibujo deben ser de cordoncillo de oro.
 N.º 11.—C. B.: al pasado fino.
 N.º 12.—L. C.: al pasado y cordoncillo.
 N.º 13.—L. J.: al pasado.
 N.º 14.—L. B.: al pasado y cordoncillo.
 N.º 15.—L. D.: punto de ojal.
 N.º 16.—L. L.: al pasado y punto de escala.
 N.º 17.—C. L.: al pasado.
 N.º 18.—Carlota: al feston.
 N.º 19.—Cuello. El interior se borda de *guipure* y al pasado: el feston de alrededor de punto de rosa. Este cuello va cerrado con gemelos de bisutería.
 N.º 20.—Mangas para dicho cuello; tres pequeños gemelos iguales á los del cuello deben cerrar estas mangas.
 N.º 21.—Cuello mosquetero de tamaño mediano *guipure*, al pasado y punto de ojal.
 N.º 22.—Guarnición para objetos de canastilla, bordado inglés recortado y feston.
 N.º 23.—Dibujo al *crochet* ó malla para servilleta para las castañas asadas. Se hace de algodón ó hilo de Irlanda n.º 10. Despues de hecha se forra con seda del color análogo á las servilletas de postres; pero si estas son blancas, debe forrarse aquella con seda de color de rosa ó celestes, ó de cualquier color claro.—Debajo de la seda se pone una entretela de algodón en rama, tanto para conservar la calor de las castañas como para proteger la seda, que en caso contrario habría que mudar continuamente.—Se pone un saquito con las castañas en la servilleta y se cogen tres puntas de esta por un lazo de cinta y la cuarta queda libre para poderse abrir fácilmente al servir las castañas.
 N.º 24.—Croquis de la servilleta que acabamos de describir.
 N.º 25.—Cogin de malla ó *crochet*.
 N.º 26.—Palia de *crochet*.

Además de lo arriba espresado acompaña tambien al presente número:

Una preciosa lámina con un dibujo para bordado de tapicería en colores.

Un Pais para abanico, que creemos agradará á nuestros suscritores, con lo cual queda terminada la coleccion de adornos del presente mes.

FANTASIA RELIGIOSA.

I.

Oh! dejadme que el alma aprisionada
 De sus viles cadenas se desate,
 Rompiendo por la esfera arrebatada
 En alas de entusiasmo con que late.

Dejadme recorrer por los espacios
 Cabalgando en el rápido huracan,
 Y de oro y de brillantes cien palacios
 Rodando por mis plantas quedarán.

A volar, á volar, y del Eterno
 La llama creadora sentiré;
 Y á su voz desquiciarse el mismo averno
 Estático tambien admiraré.

A volar, á volar, y de mi pecho
 Desparezca afanosa su ansiedad
 De dudas misteriosas que el despecho
 Lanza al alma en revuelta tempestad.

Oh! con gozo sentiremos de armonía
 El arpa estremecerse de Israfil,
 Desplegando entre rica pedrería
 Sus alas deslumbrantes de marfil.

Y coros de querubes á millares,
 Henchidos de placer y admiracion,
 De hinojos entre místicos cantares
 Les veremos prestar adoracion.

Y al arcano tambien de mi destino
 Sus páginas eternas robaré,
 Y en la tierra, seguro mi camino
 Entre risas y llantos trazaré.

Oh! qué mundos y cielos transparentes
 Rutilan de mil soles al vaiven:
 Viva luz en magníficos torrentes
 Mis ojos palpitantes solo ven.

Y ya siento en sus ejes inmortales
 Soberano el alcázar retremblar....
 Dejadme que sus puertas colosales
 Se atreva mi delirio á penetrar.

II.

Santo! Santo! con blanda armonía
de cien ecos se escucha al tropel,
Y otro coro á compás respondía
Gloria! gloria! al Señor de Israel.

Gloria al Dios que inmortal su existencia
Ni en la nada principio encontró;
Siempre, siempre su eterna presencia
Infinito el espacio llenó.

Gloria al Dios que de luz su mirada
Pudo soles radiantes formar,
Y á su voz respondiendo la nada
Majestuosa la tierra brotar.

Tú del rayo la furia desatas
Sus rencores al recio huracán,
Tu grandeza en el cielo retratas
En tus iras el rojo volcán.

Tú sujetas los polos del mundo
Cuando ruje sediento de horror;
Cuando el eco del trueno iracundo
Conmovido retumba al fragor.

Tú, perpétua derramas la vida
Misteriosa vagando do quier,
Y en la tierra también esparcida

Con su aliento germina algun ser.

Tu pureza en oriente pregonas
De la aurora su cándida sien,
Y ese germen que al hombre abandona
Manantial escogido del bien.

Gloria al Dios de los orbes sustento;
Gloria al Dios sempiterno é inmortal;
Nuestras voces con blando concento
En la tierra repita el mortal.

III.

Así este canto en la mansion serena
Por suaves ecos resonar se oyó,
Y entre una nube de fragancia llena
El vago coro á mi ansiedad huyó.

Lanzarme entonces cual veloz torrente
En pos la turba celestial pensé;
Mas despertando en mi delirio ardiente
El mar revuelto de la vida hallé.

GAVIRIA.

Solucion del geroglífico anterior.

Quien todo aventura pierde caballo y mula.



Ayuntamiento de Madrid

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES,

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

NOVELA ORIGINAL.

Contra Soberbia Humildad.

I.

ARGANDENES.

«Venturosos zagalejos,
Que en estas umbrosas selvas
Pisais estos verdes campos,
En cuyos peñascos suenan
De los ecos repetidos
Los estruendos de la guerra.
¿No teméis cercano el riesgo
Cuando estais tan sin defensa?

(Jerusalén conquistada.)

Nada mas risueño y encantador que el espléndido panorama que ofrecen las montañas de Asturias al primer rayo del sol en un hermoso día de primavera. Si no habeis visto nunca lucir los primeros albores de la mañana en los elevados picos de Europa, ó en lo alto del puerto de Pajares; si no habeis contemplado á vuestros piés las nubes, y allá abajo en un abismo de verdura las profundidades de *Val Grande*, y las fértiles campiñas que baña el pintoresco *Piloña*; en vano os esforzareis en adivinar la peregrina hermosura de aquella naturaleza magnífica, con sus pirámides de granito, cuyas elevadas cumbres se pierden en las nubes, con sus risueños valles cortados por los mil y mil arroyos y cristalinas fuentes que descienden jugueteando por la falda de las montañas.

En una hermosa mañana del mes de mayo de 1809, dos robustos chicos de aldea echaban á vuelo el esquilon de una humilde iglesita situada en la cumbre de una de las altas montañas que sirven de límite al Concejo de Piloña (1). La campana que tocaba á gloria, los ramos de flores adornados con fajas y cintas de todos colores, el alegre sonido de la dulzaina, y sobre todo la animación que se notaba en los caseríos del pueblito situado en la vertiente de la montaña, indicaban bien á las claras, que á mas de celebrarse en aquel día la fiesta de la *Cruz de Mayo*, había otra función mas alegre y animada todavía, y en la que el pueblo bebía á grandes tragos la embriagadora copa del entusiasmo nacional. En efecto, aquella función era un *Te Deum*, sencillo, como las costumbres patriarcales de la aldea, que se cantaba en acción de gracias, por las ventajas que una división española acababa de obtener contra las tropas francesas, que al mando del mariscal Ney habían penetrado en Asturias á principios del mismo año, sembrando el terror y la

desolación entre los pacíficos habitantes de la montaña.

Los angostos senderos que conducian á la iglesia estaban cubiertos de gentes del pueblo, de todas edades y condiciones, de muchachos pobres, que olvidándose de sus harapos bailaban al son de la dulzaina, que soplaban con toda la fuerza de sus pulmones un viejecillo colorado y regordete; de jóvenes aldeanas ostentando en sus abigarrados trajes todos los matices del Arco Iris, y de murmuradoras viejas, que envueltas en su larga mantilla negra, bajo la que se columbraba la blanca toca que entonces usaban las montañesas, caminaban lentamente, amenizando la fatigosa subida con sendos polvos de tabaco, y vetustas cuanto apolladas historias de sus antiguos amores.

Cuando mas animada estaba la concurrencia echando vivas á Covadonga y mueras á los franceses, cuando mas redoblaba el tamboril un licenciado del ejército con ribetes de maestro de escuela, apareció por detrás de un bosquecillo cercano á la iglesia, un personaje cuya presencia tuvo el mágico poder de reducir al silencio á aquella reunion poco antes tan alegre y bulliciosa. Cesaron súbitamente las danzas, el viejecillo suspendió sus resoplidos, el del tamboril sus redobles, y los muchachos, formándose en hilera, daban paso al recién llegado, invocando al Santísimo Sacramento del Altar.

Era el cura párroco de la aldea, joven, robusto, barbilampiño y agraciado, con hermosos ojos negros que revelaban al estudiante calavera y al que, á no haberle visto tan acatado por sus feligreses, nadie se hubiera atrevido á llamar cura de almas, pues su elegancia y maneras distinguidas, pertenecian mas bien á un cortesano que al economo de la pobre feligresia de Argandenes (1).

Distribuyó el cura unas cuantas sonrisas entre los aldeanos, y entró en la iglesia encaminándose en seguida á la sacristía en compañía del sacristán, que en tanto que llegaba la hora de la función, entretuvo al joven párroco con fabulosas narraciones acerca de las escaramuzas de las tropas, en las que segun decia, dejaban siempre los franceses el campo lleno de cadáveres de su propio ejército.

Apenas desapareció el cura por la puerta de la iglesia, cuando el viejecito volvió á soplar su dulzaina y los muchachos á danzar de nuevo, aumentando la zambra y el bureo el repique del esquilon que llamaba á los fieles al *Te Deum*, y el bien templado tambor del licenciado.

Por el mismo camino que había traído el cura, aparecieron entonces dos jóvenes aldeanas, que por su aseo, su elegancia y su singular belleza, se diferenciaban tanto de las otras, que no podemos renunciar el deseo de describirlas con alguna

(1) Aunque Argandenes está situado á corta distancia del Infesto, Concejo de Piloña, en Asturias, hemos tomado este nombre para ocultar el de la villa en que tuvo lugar lo que vamos á referir.

(1) Nombre de un Concejo de Asturias.

detencion, á fin de que podais formaros una idea de las dos mas hermosas flores que brotaron de las espesuras de Argandenes.

Eran éstas, Teresa, la hermana del cura, y que hacia las veces de ama, y su amiga Inés, hija única de uno de los mas ricos labradores del Concejo. Jóvenes ambas, ricas y notablemente hermosas, aunque su belleza ofreciese dos tipos bien diversos, habian sabido sostener su amistad desde su infancia, á través de esas mil susceptibilidades que surgen á cada instante entre las jóvenes, en aquella edad fugitiva en que el amor es el único móvil, el regulador, el *yo* del corazon de la mujer, y aun me atrevo á decir, del corazon del hombre.

Teresa era de gallarda estatura, flexible como un lirio, con hermosos ojos árabes, simpáticos, pero ardientes; magníficos, pero soberbios. Su frente de un blanco suave y aterciopelado, se destacaba maravillosamente de entre sus cabellos castaños, cuyos ensortijados bucles se escapaban por debajo del pañuelo de muselina blanca con que cubria su arrogante cabeza.

Sobre su garganta blanca y torneada, llevaba dos gruesas sargas de corales atados con cintas del Cristo de Candas y de Covadonga, que flotaban graciosamente sobre su espalda.

Por debajo de su basquiña negra de alepin de la reina asomaban dos terciopelos negros que formaban el ruedo de otra basquiña de grana, corta y graciosa, que dejaba al descubierto su media blanca de algodón de nuditos, y su pié breve, como el de una bailarina andaluza, encerrado en un zapatito de piel, que en lugar de la forma tosca y holgada de los zapatos de *cordel*, era todo un zapato de Madrid.

Sobre su jubon de alepin, igual á la basquiña, llevaba el *denque* (1) negro, adornado con varias fajas de terciopelo labrado, completando su escogido trage un anillo de oro liso, lujo desconocido en aquellas montañas, y que Teresa debia, como el resto de su elegante vestido, á la escesiva liberalidad de su hermano.

La belleza de Inés era el reverso de la medalla, una belleza dulce y suave como la imágen de la paz, de talla no muy alta pero esbelta, cutis blanco y casi transparente, ojos azules, que reflejaban la candidez de los ángeles, y una nube de cabellos rubios, que formaban en derredor de su frente la aureola dorada del querubín; eran en fin, las dos jóvenes el tipo de la belleza veneciana y de la belleza inglesa. La primera con su lucha constante, con sus pasiones de fuego, con su orgullo meridional y su corazon simpático y expansivo, que encierra todo un tesoro de amor; la segunda, con su serenidad angélica, sus inspiraciones religiosas, su virtud imperturbable, y su amor templado siempre por las nieblas y los hielos del norte.

(1) Especie de manteleta corta con puntas largas que se anudan en la cintura.

El traje de Inés era el de una aldeana rica, como lo indicaban sus medias negras (1) y su vestido de anascote; pero aquel traje, si bien gracioso, porque se ceñia á un talle bien formado, no tenia la provocadora espresion que el de Teresa; sus pies, aunque pequeños, se resentian del calzado tosco de la paisana; su aire era modesto, pero sin elegancia, y en su mano derecha ostentaba con sencilla coqueteria un mezquino anillo de plata, que le habia regalado su novio, joven y robusto montañés, que merced á algunos caserios y tierras de pan llevar, podia considerarse un labrador de mediana fortuna. Pero si Inés no tenia un hermano elegante que la regalase anillos de oro, y pañuelos de seda y de muselina, en cambio Teresa no tenia novios, ó por mejor decir, no le habia llegado aun la hora de amar, porque el orgullo es casi siempre una fuerte coraza para los golpes que se dirigen al corazon.

Inés cifraba todo su cariño y su esperanza en Francisco, y no ponía cuidado alguno en ocultar aquel amor que encerraba todo su porvenir; Teresa se hubiera avergonzado de que su corazon latiese un momento por aquellos adoradores, que hubieran espuesto la vida por una mirada suya, pero que usaban un lenguaje tosco y sencillo, y tenian las manos encallecidas por el trabajo.

—Inés, dijo Teresa deteniéndose debajo de un frondoso castaño, un poco separado del camino; sentémonos á esperar la hora, y desde aquí podremos mejor ver lo que pasa.

—Sentémonos, respondió Inés saludando graciosamente á los aldeanos que pasaban por el sendero; pero ¿por qué no quieres que vayamos hasta el pórtico?

—Bah! respondió Teresa con dignidad, ¿quieres que nos mezelemos con esos andrajosos que bailan al pié del señor Diego?

—Por Dios, Teresa, por Dios, habla bajo porque podrian oirnos, y se burlarian de nosotras, y nos aborrecerian.

—¿Y qué se me da á mí por su aborrecimiento?

—Por Dios... yo no sé si á ti te importa, pero por todo el oro del mundo no quisiera que los parientes de Francisco creyesen que los despreciaba.

La sencilla Inés halló muy natural la maliciosa sonrisa de Teresa, que por no disgustarla cortó la conversacion, preguntándola con su natural viveza.

—Dime, Inés, tienes mucho miedo á los franceses?

—Miedo! repitió Inés casi asustada por aquella inesperada pregunta: ¡miedo! mas que á la peste, Teresa! ¿y quién no ha de tener miedo á esos judíos que meten los caballos en las iglesias, que roban y queman los caserios, que matan á todos, y... Jesus! Jesus!

(1) Las aldeanas de Asturias, aun las bien acomodadas, llevan generalmente las piernas desnudas.

—Pues eres una niña, Inés, replicó Teresa con cierto aire de superioridad.

—¿Pues qué no les tienes miedo, Teresa?

—Miedo... no diré que no, pero siempre estoy oyendo á mi hermano que no es tan fiero el león. ¿Qué sé yo?... esta misma mañana me ha estado contando mil maravillas de la guerra y del lujo que gasta el ejército francés, sobre todo la caballería; si le oyeras contar los magníficos caballos que traen los oficiales, con gualdrapas de grana y de terciopelo, como el manto de Nuestra Señora! Y los bordados del general, que dicen que su vestido parece un sol de oro!... Vamos, te digo que mi hermano estaba entusiasmado con aquel lujo y aquella hermosura.

—Pero dime ¿dónde los ha visto tu hermano?

Teresa no sabiendo como contestar á aquella pregunta se ruborizó, y por toda respuesta hizo un gracioso movimiento de hombros.

—Porque ellos no han llegado todavía á nuestras montañas, continuó Inés con ingenuidad.

—¿Qué quieres? como mi hermano está muchas veces forastero, los habrá visto.

—Y habia de acercarse á nuestros enemigos, cuando es él quien va hoy á cantar el *Te Deum* por la derrota que han sufrido?

—Tienes razon... pero ¿qué quieres que te diga? yo á pesar del terror que esparce en todas partes su llegada, quisiera verlos un momento.

—Verlos! repetía Inés en el colmo de su admiracion, verlos! Dios nos libre! ¿y para qué querias verlos, Teresa?

El esquilon que no habia cesado de tocar á gloria dió en aquel momento tres campanadas, que á no ser por lo agudo de su sonido pudieran llamarse solemnes, y cesó de tocar.

Toda la gente se precipitó en tropel hacia la iglesia, donde solo se aguardaba la llegada de las dos amigas para dar principio á la ceremonia.

Teresa entró en la Iglesia con la cabeza erguida, y se encaminó hacia la izquierda del altar mayor, llevándose tras sí las miradas de todos los jóvenes de la aldea, que la respetaban como á una reina.

Inés se detuvo al pié de la pila del agua bendita, hizo la señal de la cruz, y fué á arrodillarse sobre las baldosas, cerca de los parientes de Francisco, que la amaban como á un ángel, y no lejos de Teresa, que ostentaba su gallarda figura sobre un estrado de madera, levantado en otro tiempo para la señora feudal de la aldea de Argandenes.

II.

EL DIA DE SAN ANTONIO.

«A gentleman coat shall hide
Ty taper shape and comeliness of side
And with abolder stride and lower air
Mingled with men a man thou must appear.»

Trece meses habian transcurrido desde la fiesta de la Cruz de Mayo, y el Principado de Asturias,

invadido por las tropas francesas del general Bonnet, ofrecia por todas partes continuas escenas de terror, y repetidos ejemplos del valor mas denodado. Por todas partes resonaba incesantemente el grito de guerra, en sus amenos y deliciosos valles y hasta en los angostos desfiladeros de las montañas mas elevadas, el estampido del cañon habia reemplazado en toda la provincia á la alegre dulzaina; en medio de ese estruendo belicoso, y á pesar del general clamoreo que de todas partes se alzaba, gozabase en Argandenes una tranquilidad envidiable y desconocida en aquella agitada y borrascosa época. Era aquel tal vez el único rincon en toda la Peninsula cuya calma habian respetado todavia las inflamadas olas de la invasion francesa.

Todo estaba en Argandenes como lo hemos visto en el año anterior. Amábanse nuestras dos amigas Inés y Teresa con la misma ternura. Leíales el cura por las noches las jornadas divertidas ó el Quijote, y corrian los dias tan iguales y semejantes como lo es una gota á otra gota de agua. Poco á poco se fué observando que el jóven párroco hacia frecuentes viajes, trayendo siempre de vuelta de sus expediciones regalos y nuevos dijes, con que Teresa engalanase mas y mas su singular belleza.

El carácter del cura, naturalmente frívolo y expansivo, habia paulatinamente cambiado, haciéndose mas sério y reservado. A pesar de su vivacidad y de su habitual buen humor para con su hermana, á la que amaba con incomparable ternura, Teresa no habia podido menos de notar que su hermano estaba hacia algun tiempo preocupado con alguna idea fija, que sus viajes cada vez mas frecuentes, debian tener alguna relacion con la causa que habia ocasionado aquel cambio en su carácter, y que en todo ello habia algun secreto misterio que en vano se esforzaba en penetrar.

Una tarde del hermoso mes de Junio, en que Teresa entregada á sus cabilaciones esperaba por momentos la vuelta de su hermano, que habia marchado cinco dias antes, sintió el trote ligero de un caballo que se acercaba, y que en nada se parecia al paso monótono y acompasado de la mula que montaba el cura. Antes que Teresa hubiese tenido tiempo para ver quien era el recién llegado, entró este en el portal de la casa, ató el caballo á una de las herraduras clavadas en la puerta de la cuadra, y subió familiarmente las escaleras llamando en alta voz.

—Señora ama! señora ama!

Levantóse Teresa precipitadamente de su asiento y corrió al encuentro del nuevo huésped, que llegaba en aquel momento á la puerta de la sala.

Era este un clérigo jóven, de atrevidos ojos, arrogante y de marcial continente, que se avenia muy mal con su traje de eclesiástico, y en cuyas espresivas facciones no pudo reconocer Teresa á ninguno de los curas de las parroquias ó aldeas inmediatas.

—Señorita, dijo el clérigo adelantándose al-

gunos pasos y saludando respetuosamente á Teresa: vengo á haceros una visita en nombre de vuestro hermano, que aun tiene que detenerse en la ciudad de Oviedo, donde se halla, algunos dias mas.

—Señor, dijo Teresa ruborizada al oírse dar un título que tanto halagaba su vanidad, seáis muy bien venido.... sentaos.... ¿pero no podeis decirme de cierto cuando vendrá?

—Antes de contestaros decidme vos; respondió el recién llegado mirando á todas partes con inquietud, ¿estamos solos?

—Solos! repitió Teresa con sobresalto, ¡sí.... señor!

—¿No hay en la casa persona alguna que pueda oírnos.

—Pero, señor.... sí.... no.... los criados están en el campo.... pero no comprendo. Y Teresa se levantó como el que va á huir, pero de repente volvió á sentarse ocultando su agitacion con una dignidad que la hacia parecer mas hermosa.

—Tranquilizaos, le dijo el eclesiástico ruborizándose á su vez.... nada temais. Me era indispensable saber si estábamos solos para entregaros esta carta.

Y el cura sacó de debajo de su sotana una carta y la entregó á Teresa, disponiéndose en seguida á bajar otra vez la escalera.

—Ah! con que es una carta de mi hermano... ¿Pero á dónde vais? aguardad siquiera á que la lea.

—No me voy, señora, respondió el huésped con la mayor serenidad: voy al portal á recoger mi maleta, porque vuestro hermano me ha exigido la palabra de pasar la noche en Argandenes... voy á mudarme de traje y volveré muy pronto.

Teresa quedó tan sorprendida con la imprevisita franqueza del desconocido, que no encontrando respuesta que darle, y esperando hallar la esplicacion de aquel misterio en la carta de su hermano, la abrió precipitadamente, devorándola con una curiosidad mezclada de indefinible terror.

La carta decia así:

«Querida hermana:

«Esta misma noche emprendo un largo viaje, en el que es preciso que me acompañes.

«Esta carta te será entregada por un amigo de toda mi confianza, al que seguirás sin vacilar.

«Tu hermano que te espera

Carlos.»

Había ya concluido de leer, y aun permanecía Teresa con los ojos fijos en la carta, cuyo contenido misterioso la hacia vagar en un océano de dudas y de temores.

¿Era en realidad una orden de su hermano? La letra no ofrecia la menor duda; pero á dónde iban? ¿cómo nunca le habia hablado de aquel repentino cuanto misterioso viaje? ¿y no seria una imprudencia dejarse guiar por aquel clérigo desconocido?

La pobre jóven, aturdida, se deshacia en cálculos á cual mas disparatados, y al fin empezó á

sentir ese escalofrio indescriptible que acompaña al miedo.

Cuando pudo fijar su atencion, y recordó que habia acabado de leer, levantó los ojos y se halló frente á frente con el jóven y desconocido abate, que la contemplaba en silencio.

Cerca de él estaba colocada en una silla una abultada maleta.

Teresa quiso hablar, pero su voz quedó ahogada en la garganta.

—Imposible! imposible! murmuró al fin con acento sofocado.... imposible!

—Lo imposible, repitió el jóven sacerdote acercándose á Teresa, y volviendo á examinar con cuidado la habitacion, es que perdamos un instante, porque el tiempo vuela, y á la madrugada de mañana debemos estar ya muy lejos.

La fisonomía de Teresa espresaba un susto y un terror creciente, porque la voz casi imperceptible del abate, revelaba que existia en aquel inusitado viaje algun peligro inminente que se afanaba en evitar.

—Aquí teneis, señorita, añadió con dulzura, entregándole un grande paquete que sacó de su maleta, el traje que debeis poneros para emprender el viaje.

Teresa tomó maquinalmente el paquete, lo abrió con precipitacion, y retrocedió de espanto al encontrarse con un traje completo de soldado español.

—Silencio! silencio! por Dios, murmuró el clérigo.... Si gritais somos perdidos.

Una idea estraña cruzó en aquel momento por la imaginacion aturdida de Teresa. Por la primera vez empezaba á comprender algo de la estraña conducta de su hermano, con la que contraba algun enlace en el acontecimiento que actualmente la preocupaba. Repasando en un instante muchas de sus espresiones, sus continuas expediciones, sus prolijas y apasionadas pinturas, los elogios, al parecer contradictorios, de personas que debian serle odiosas, y sobre todo las misteriosas palabras del mensajero, y el disfraz que debia llevar en aquella precipitada marcha; creyó haber adivinado la verdad, y su corazon empezó á latir con violencia, agitado por una multitud de sentimientos encontrados.

El clérigo la contemplaba con singular asombro. Sus palabras, por demás alarmantes, habian producido en la hermosa jóven un efecto contrario al que pudiera esperarse, y en su semblante empezaba á aparecer mas bien la curiosidad que el miedo.

—¿Y adónde vamos? preguntó con ansia investigando con sus hermosos ojos la fisonomía del desconocido.

—Es decir que iremos... Al fin ya no me teneis miedo, señorita.

—Nunca os seguiré sin saber adónde.

—Imposible! es un secreto que no puedo revelaros.

—¿Es decir que no quereis que os acompañe? dijo Teresa, cada vez mas firme en sus sospechas,

y con una voz tan insinuante que hizo vacilar al pobre joven.

—Sí, sí, vendreis.... no me lo preguntéis así señorita, porque debo callar y no puedo rehusaros nada.... por Dios! no perdamos tiempo.

Teresa hizo un movimiento negativo, y devolvió el traje militar al clérigo, que la miraba con un asombro creciente.

Hablará, pensó Teresa segura de su triunfo. Y no se engañaba. Subyugado el joven abate por ese inconcebible poder que ejerce la belleza, dudó, vaciló, y acercándose rápidamente á Teresa, murmuró á su oído algunas palabras que la hicieron saltar como una liebre herida.

Por mas que su imaginación ardiente la hubiese hecho adivinar la verdad momentos antes, era aquello un suceso inesperado que halagaba todas las aspiraciones de su orgullo; una verdad que realizaba sus ensueños de mujer y de hermosa, y que la conmovía y entusiasmaba, haciéndola olvidar instantáneamente sus fundados temores.

Hubo, sin embargo, un momento en que Teresa sintió vacilar su resolución.... el recuerdo de Inés la heló de espanto.... ¿cómo juzgaría aquella alma pura de su desesperación, cuando ella misma no hallaba en su conciencia una disculpa noble y verdadera?

Teresa rompió á llorar como un niño, porque Inés era su ángel bueno, ¿y qué sería de ella sin su ángel?

Comprendiendo empero todo el riesgo que había en cada palabra, hizo seña al cura para que la siguiese á su gabinete, y luego que estuvo segura de que no podría oírle nadie, se arrojó á sus pies exclamando con voz entrecortada por los sollozos:

—Una gracia! una gracia! que no me negareis, porque me daríais la muerte.

—Levantaos, señorita! respondió el clérigo ruborizándose.... ¿qué gracia puedo yo concederos?

Teresa le refirió entonces su amistad con Inés, pidiéndole tan solo el permiso de abrazarla y de darle el último adios.

—Lloró, suspiró, apeló á la sensibilidad del joven sacerdote, pero esta vez fueron vanos todos sus ruegos. En aquellas circunstancias era una petición imposible.

—Aunque fuese vuestra madre no podíais vender mi secreto, sin vender con él mi cabeza y la de vuestro hermano.

—¡Es verdad! pero idos... nunca os seguiré... no puedo... no debo.

El clérigo, que conocía bastante el corazón de las mujeres, y sobre todo de las mujeres hermosas, desplegó entonces á los ojos de Teresa el magnífico porvenir que aguardaba á su hermano, fascinó su mente con la idea de la riqueza, con las deslumbradoras distinciones que la aguardaban en la sociedad, y logró al fin sofocar en ella la lucha encarnizada que sostenían en aquel momento en su corazón la soberbia y la virtud.

—¡Iré! murmuró al fin Teresa enjugando las lágrimas que brotaban á mares en sus hermosos ojos, iré.

«La hija de Eva había mordido la manzana (1).»

—Vamos! repitió el joven eclesiástico, no podemos perder un instante.

La casa del cura de Argandenes se cerró aquella tarde mucho mas temprano que de costumbre, porque el ama se había retirado con un fuerte dolor de cabeza, y los criados debían madrugar para salir al campo.

Cuando todos se hallaban entregados al descanso, dos hombres salieron cautelosamente de entre los bosquecillos del jardín, y se encaminaron á la puerta que daba al campo, donde los aguardaban dos hermosos caballos, que sujetaba por la rienda un vigoroso montañés.

La luna, que salió entonces de entre un grupo de nubes, se reflejó por un momento en los trajes militares de aquellas sombras, que ayudadas del montañés subieron sobre los caballos, y desaparecieron con la velocidad del relámpago.

Al cruzar por los desfiladeros de las montañas, se oía de vez en cuando el clamoreo lejano de los clarines franceses, que tocaban á botasillas.

Era el 13 de Junio de 1810.

III.

EL PRIMER VUELO DEL AGUILA.

Voilà pourquoi quittant ma paisible retraite
J'ai voulu de Paris entendre la Tempête
Respirer de plus près l'air infect des palais
Et m'asseoir au foyer où s'assoit le génie.

Favre.

A la mañana siguiente veíanse agrupados en la plazoleta de la casa del cura de Argandenes casi todos sus pacíficos feligreses, que tan sencillos como ignorantes, en vano trataban de explicarse el misterio que tan confundidos y consternados los tenía.

La puerta de la casa del cura, cerrada cuando era ya cerca del medio día, hizo al pronto presumir que alguna desgracia debía haber ocurrido á sus habitantes. Animados por un sentimiento de amor hacia su párroco, algunos de aquellos honrados feligreses asaltaron las ventanas y entraron violentamente en la casa. Difícil será expresar el terror que se apoderó de ellos al encontrarla desierta y despojada de algunas alhajas de valor que ellos ya conocían, y á la verdad que nada tenía de particular su sorpresa. Cabezas mejor organizadas que las de aquellas gentes, se hubieran visto imposibilitadas de explicar tan incompre-

(1) Dumas.

sible suceso, y como ellas se hubieran deshecho en caprichosas dudas desprovistas de todo asomo de verdad.

Quién sospechaba que algunos brigantes desbandados cayendo de improviso sobre la aldea, habrían saqueado la casa y asesinado á Teresa y á sus criados, volviéndose á marchar antes del día; quién que las travesuras y misteriosos viajes del cura tenían algo de diabólico, y que aquella desaparición era solo obra de los espíritus malignos; y tal era la predisposición de aquellas almas cándidas á creer en duendes y aparecidos, que todos concluyeron por adherirse á esta última opinión, acudiendo al coadjutor de la parroquia para que echase sobre la casa los exorcismos, pues había viejas que aseguraban haber visto algunas noches la sombra del cura, antecesor de don Carlos, que lloraba sangre sobre su antigua morada.

En medio de aquella algaravía de lamentos, aberraciones y cuchicheos, lloraba Inés á mares, sin que su corazón puro, herido en el mas santo de sus afectos, pudiese encontrar consuelo, ni rumbo cierto adonde dirigir sus desconsoladoras investigaciones. Demasiado despejada para poder creer en las brujas y en las desapariciones diabólicas, harto sensata para sospechar de Teresa una fuga culpable, agena de su carácter altanero y orgulloso, hubo de creer por fuerza que aquella marcha tenía alguna relación con la ausencia del cura, porque además, ella pensaba, y pensaba muy bien; nada mas comun que huir con un amante, pero Teresa no tenía amantes, y quien quita la ocasión quita el peligro.

Quedábale sí, un sentimiento, cuya profunda herida era bien difícil de poder cicatrizar. Ella había consagrado su vida á la dulce amistad que las uniera desde muy temprano, ella no había tenido jamás un pensamiento oculto para Teresa, que leía en su alma todos los sentimientos que la agitaban; y sin embargo, esa amiga que hacia el encanto de su existencia, esa mujer que poseía el arte mágico de hacerla reír con su sonrisa, y llorar con sus lágrimas, acababa de abandonarla con la mayor ingratitud, sin dignarse siquiera señalarle el rumbo de su destino.

El dolor ciego, y en los primeros momentos, Inés acusó severamente á Teresa de ingrata, proponiéndose hacer todo lo posible por olvidarla. Luego la juzgaba ya con menos rigor, esforzándose en creer que solo un suceso imprevisto podía haberla arrebatado sin darle el último adiós, y antes de espirar el día la amaba ya con la misma ternura, proponiéndose emplear cuantos medios estuviesen á su alcance para descubrir el paradero de su inolvidable amiga.

El individuo muere, la especie se perpetúa. La humanidad camina sin cesar hacia el rumbo que Dios le ha señalado en los decretos del tiempo, sin que la haga turbar su impasible marcha el hombre que tropieza á cada instante en la fosa y desaparece de la haz de la tierra. Como el fénix de la antigua fábula, de las cenizas de los muer-

tos nacen los sucesores. ¿Qué importa, pues, al mundo un simple cambio de nombres propios?—El coadjutor de Argandenes, reemplazó al cura, y poco tiempo despues ya se habían olvidado aquellos montañeses de su joven pastor, de Teresa y de la romanesca desaparición que tanto los había confundido.

A los seis meses despues, recibió Inés la siguiente carta:

Paris 20 de Noviembre de 1810.

«¿Qué habrás pensado mi amada Inés de mi repentina desaparición? Perdóname hermana mia; perdona á mi corazón su único secreto, que ni tuvo tiempo á revelarte, ni hubiera podido hacerlo sin contravenir á la orden terminante del que estaba obligada á respetar. Inés! Inés! ¿cómo pronunciar en tu presencia el aborrecido nombre de los franceses? ¿Cómo decirte *yo me voy con los enemigos de nuestra patria, con los profanadores de nuestros templos?* Y sin embargo, hermana, yo era inocente.... yo no podía descubrirete el secreto de mi partida sin esponer la cabeza de mi hermano, al que debo mas que la vida, pues que le debo la educación, la fortuna, la felicidad.—Tu presencia, tus invencibles consejos y tus irresistibles lágrimas en aquellos momentos de suprema lucha, me hubieran acaso retenido á tu lado, y mi debilidad hubiera tal vez ocasionado la perdición de mi hermano.

«Yo no podia dejar de seguirle sin ser ingrata. Sabía que una queja tuya me habria clavado en Argandenes; sabía que á tu súplica pasaria por una barra de fuego; se me prohibió hablar, y sin embargo, luchaba por verte todavia. Era la tarde del hermoso día de San Antonio.... Carlos me envió un clérigo joven, amigo suyo, que bajo sus vestidos llevaba el uniforme de los soldados españoles. Como él había abrazado la causa de Francia, y con él debía partir aquella misma noche. No había tiempo que perder. Una carta de Carlos, en que me intimaba la orden de marchar sin vacilar, me fué entregada por aquel desconocido, acompañada de un traje militar que debía proteger mi fuga. Dudé, lloré, supliqué me permitiese darte el último adiós, pero él permaneció inflexible. Dos horas solo tenía de término para decirme, pues aquella misma noche debía efectuar su retirada toda la division francesa, y ante tan apremiantes motivos cedi, siguiendo ya sin resistirme al destino que me arrastraba.

«Apenas me resolví á marchar, y vestida ya con mi traje militar, bajé á la huerta y recorri llorando todos aquellos sitios donde á la sombra de los frondosos emparrados pasábamos las ardientes siestas del verano, parándome ante cada flor, ante cada planta, porque en todas ellas existia un recuerdo de mi venturosa infancia. Ay! cuántas lágrimas brotaron de mis ojos en aquella triste y memorable noche! ¡Cuántas luchas tuve que sostener conmigo misma para poder mantenerme firme en mi resolución! ¡A cada paso sen-

tia mi ánimo decaer, mi alma se entristecía y no podía creer en que hubiese un mundo feliz lejos de los elevados picos y las fragosas espesuras de nuestra pobre aldea! No sé, mi querida Inés, lo que hubiera sido de mí, si el cura alarmado por mi ausencia, no hubiese bajado al jardín á decirme que los caballos nos aguardaban. La hora había llegado ya; enjuagué mis lágrimas, me esforcé en parecer serena, y me dirigí con él hacia la puerta del jardín, donde montamos á caballo y desaparecimos á toda prisa.

«Toda aquella noche la pasamos andando por desfiladeros y encrucijadas desconocidas para mí, y al amanecer del nuevo día nos hallamos entre una division del ejército francés, que nos acogió con las mayores muestras de entusiasmo.

«Un soldado se desprendió rápidamente de uno de los grupos, y corrió hacia mi loco de alegría.... Era mi hermano Carlos, que conociendo mi carácter, dudaba todavía viéndome entre las tropas, y que me recibió en sus brazos con la mayor ternura. En seguida me llevó de la mano y me presentó al general, que descansaba en una pequeña tienda de campaña, y que nos recibió con la mayor urbanidad. ¡No puedes figurarte, mi querida Inés, la vergüenza que me causaba verme en presencia de aquel gefe desconocido, con mis vestidos de hombre. Al principio me cubrí el rostro con las manos, y tal era mi turbación, que no pude entender las palabras que nos dirigía; pero su voz dulce é insinuante me hizo recobrar poco á poco el imperio sobre mí misma, y pude al fin oír las afectuosas frases que nos prodigaba, esforzándose en desvanecer en mí toda idea de temor.

«¡Cuán hermoso es el general! ¡Cuán amable y generoso se ha mostrado conmigo! Mi hermano ha sido elevado al rango de capellan imperial, y en cuanto á mí, he sido tratada desde aquel día como una de las señoras mas distinguidas. ¡Inés! Inés! ¿por qué estás lejos de mí? Ah! yo te aseguro que todo tu odio contra los franceses se desvanecería como un vapor ilusorio ante esa generosidad y esta delicadeza.... pero voy á contarte lo que falta de mi viaje.

«Después de muchos dias de marchas por caminos desconocidos, pisamos al fin el suelo francés, y desde entonces ya no hubo para mí nisederos pedregosos, ni montañas, ni privaciones de ningún género. Encerrada en un coche cómodo con mi hermano, fui conducida á Paris como hubiera sido una gran dama de la corte.

«¿Cómo pintarte ahora esta populosa ciudad, esta moderna Babilonia de lujo y animación? Si la felicidad puede hallarse en la tierra, Inés, aquí se encuentra sin duda la felicidad. En esta ciudad me aguardaba un palacio magnífico, con trajes lujosos y deslumbrantes, con gabinetes perfumados, y con dos doncellas que me peinan y me visten como una muñeca. ¡Y yo creía que la felicidad estaba en Argandenes! cuán pronto te olvidarias aquí de esos labradores de manos callosas, de esas cabañas negras y miserables! Tu casa

que es una de las mejores de la aldea, la nuestra que ahí es un palacio, ¿qué parecerían en Paris? Pobres chozas de las que todos apartaríamos la vista.

«¡Cuánto daría por poderte sacar de ese rincón del mundo! yo hubiera querido escribirte al instante, pero en muchos dias no pude volver en mí de la sorpresa que me causaba esta ciudad encantada. Además, el general nos visita todos los dias; las músicas, los paseos, los bailes suntuosos, roban el tiempo, de manera que apenas me acuerdo por las noches de rezar mis oraciones. ¡Si vieras cuánto me gustan los bailes! es cosa de volverse una loca de alegría. ¡Pero qué diferentes son de los bailes de Argandenes! ¡Cuánto trabajo cuesta acostumbrarse á esto que llaman *figuras de contradanza*!

«En un principio volvía siempre llorando de los bailes, llorando de cólera porque no sabía bailar. El general hizo que mi hermano me buscase un maestro, y ahora ya bailo medianamente.

«Pero la hora se acerca ya y debo vestirme para ir á paseo á los Campos Eliseos, donde pasa revista el Emperador. Adios, Inés mia; no puedo resignarme á vivir lejos de tí, que eres lo único que falta á mi felicidad.

«Escribeme al instante, y para que tu carta no se estravie, dirijela al Marqués de Portugal, Arrabal de San German, núm. 50, Paris.

Tu amiga Teresa.»

IV.

LUZ Y SONERA.

Magníficos palacios, principales
Casas, en sus umbrales
Mil traiciones encubren.

Largo tiempo permaneció Inés con la carta abierta entre las manos, sin que pudiera acabar de creer que era Teresa la que así le hablaba. Teresa! la paisana de Argandenes maravillosamente trasformada en gran cortesana, de lenguaje correcto y engalanado, de lujosos atavíos y orgullosos modales, pero que había comprado su felicidad á costa de una grave falta, pues como ella misma confesaba; «había huido con los enemigos de nuestra patria, con los profanadores de nuestros templos.»

Inés sintió correr por todo su cuerpo una especie de calofrío, y empezaba á temblar por la tentación que el orgullo preparaba á su amiga. Luego volvió á recorrer una á una todas las expresiones de la carta, y al ver las desdeñosas frases con que Teresa hablaba de Argandenes, asomó á sus labios una sonrisa de lástima. De lástima, porque Inés, en su evangélica mansedumbre no se creía con derecho para despreciar á la mas vil de las criaturas.

Es verdad que por buena y humilde que fuese, hubo un momento en que dudó si debía contestar

á la orgullosa reina del arrabal de San German, que acaso se mofaría de sus escrúpulos, y despreciaría sus humildes consejos; pero acudió á sus antiguos recuerdos, al entrañable cariño que en medio de todo le manifestaba Teresa, y lo esperó todo de aquel sentimiento noble y desinteresado que emana de Dios, y que los hombres han designado con el mágico nombre de amistad.

No queriendo revelar á nadie el secreto de su amiga, se preparó á escribir la carta de su puño, aunque corriendo el riesgo de que su letra, bastante mediana, fuese un objeto de burla, al lado de los elegantes rasgos con que estaba escrita la carta de Teresa.

INÉS Á TERESA.

Argandenes 2 de Enero de 1814.

«No sé á la verdad mi querida hermana, cómo empezar esta carta, considerando que habrá de leerse en un palacio de la corte de Francia, y siendo yo una pobre labradora, en cuya boca sentarían mal las delicadas frases que tú empleas en la tuya. Una especie de temblor se apodera de mi mano, que me incita á soltar la pluma, y solo el cariño que te profeso me la hace retener y prescindir de todas las consideraciones.

«Mi conciencia se rebela contra este escrito, que dirijo á la corte de mis mayores enemigos, de los enemigos de la fé, de la felicidad de mi patria, y de los que me arrancaron de mi lado la dulce amiga de mi infancia.

«Conozco que mis palabras te parecerán ridículas, porque la grandeza hace mas ancha la conciencia de los poderosos, pero bien sabes que nunca te oculté mis sentimientos, y hoy mas que nunca me creo en el deber de hablarte con toda la claridad de que soy capaz.

«No culpo en manera alguna tu resolucion, no; tú cediste al destino que te arrastraba, porque tu suerte debia ser siempre la de tu hermano, que fué para tí un padre, desde que tuviste la desgracia de perderlos. Sin embargo, desde que recibí tu carta no he cesado de llorar por tu suerte, porque si es para mí un placer saber que existes, y que te crees feliz, veo con dolor que el demonio del orgullo no duerme, y que te acecha sin cesar.

«Pobre Teresa! tú te lamentas de mi suerte, porque vivo en una casa pobre y olvidada entre los pinos y las espesuras de Argandenes; y yo, pobre aldeana, sin porvenir; yo que veo disminuir rápidamente nuestra fortuna por la cruel enfermedad que hace tres meses tiene postrada en cama á mi pobre madre, yo lloro por tí, y te creo digna de lástima con tus palacios, y tus bailes, y tu Emperador, ¡que Dios maldiga! porque luchas con la tentacion, y tal vez sucumbirás en la pelea.

«¡Que no tienes apenas tiempo para rezar tus oraciones! Ay, Teresa! yo le tengo siempre!

sentada por las noches al pié de la cama de mi pobre madre, trabajo sin descanso hasta que la veo dormida, y entonces me pongo á leer las solemnes páginas del Evangelio, que bien sabes tú cuánto me conmueven el alma. ¡Y cómo me olvido de mis desgracias! cuánto consuelo hallo en mis penas estudiando la eterna doctrina de Jesucristo!

«Teresa! Teresa! no te ensoberbezcas con tu riqueza, ni con tu hermosura.... Dios promete su reino á los humildes, porque su reino no es de este mundo.

«Tú adoras á París, porque es la Babilonia moderna, con su lujo, sus bailes y sus saraos, pero no olvides nunca que fué en Babilonia donde Dios abatió al poderoso Baltasar en medio de los goces del festin.

«En tanto que Dios te devuelve á mis amantes brazos, gracia que le pido y le pediré sin cesar, sé humilde en tu grandeza, ocúpate en trabajar, aunque sea para los pobres, porque el trabajo es el mayor enemigo de la tentacion, y no dejes nunca de dirigir tus plegarias á la Virgen, porque es nuestro refugio en la adversidad, y si ella nos abandona ¿á dónde iremos, Teresa?

«Ay! mi padre y yo no cesamos de rogarle que devuelva la salud á mi madre. ¿Nos oirá Teresa? ruégaselo tú tambien, ruégale que te aparte del borde del precipicio en que te encuentras, y que te devuelva las tranquilas horas en que arrodilladas sobre los céspedes le pediamos que no nos separase jamás.... me parece verte estremecida á la idea de volver á Argandenes.... Ay! es aquí donde te espera la felicidad, donde siempre te recibirá con los brazos abiertos, tu amiga

Inés.

P. S. «No te olvides de llevar siempre al cuello los escapularios de la Virgen del Cármen, que nos ha dado tu hermano. ¡Ay de tí, el día en que te avergüences de ponértelos al cuello! el día en que te escondas para cumplir con tus obligaciones de cristiana!

«Pero no, tú eres buena, y ante tu virtud se estrellarán todas las tentaciones, todas las acechanzas del vicio, y los halagos de la corte.»

Inés leyó y relejó su carta, hallándola siempre fuerte y atrevida para con una gran dama, pero clara y natural para con una amiga que lo era desde su infancia, y con quien se habia acostumbrado á no tener secretos, porque como ellas decian siempre *pensaban en alta voz*.

Apenas habia concluido de leer, abrióse de repente la puerta de su alcoba, y se presentó su padre, que aprovechando algunos instantes de descanso, habia venido solo para darla un abrazo.

El semblante del anciano espresaba una tristeza profunda.

Inés ocultó su carta, corrió hácia él con los brazos abiertos, y ambos se encaminaron al cuarto

de la enferma, donde pasaron juntos los cortos instantes de que podía disponer el labrador.

Preocupada Inés con la idea de su carta, ni siquiera se apercibió de la alteración que se notaba en el semblante de su padre. Una vez sola, cerró su carta lo mejor que pudo, la selló con una moneda de plata que tenía por milagrosa, como que era de la Virgen de Covadonga, y tomando su canastillo de mimbrés, cubierto con una servilleta limpia, se encaminó á la villa, con el pretexto de llevar unas naranjas á su madrina, pero con el único objeto de poner su carta en el correo.

Inés no llevaba prisa, porque si bien su madre se hallaba postrada en cama, y casi no podía explicarse mas que por señas; su fiel criada, Isabel, la cuidaba con el esmero mismo que si fuese su hija, y comprendía perfectamente los gestos y ademanes de la enferma.

En cuanto á su padre, desde que la fortuna habia empezado á volverle la espalda, se veía en la precisión de dirigir por sí mismo la labranza, por lo que volvía siempre á casa bastante tarde.

No era que Inés deseara en manera alguna estar por mucho tiempo ausente de su casa, sino que todos los corazones aman por un momento la libertad, cuando el alma es todavía jóven, y sobre todo cuando está herida por el amor, ó abatida por la tristeza.

Tristes, muy tristes eran en verdad los pensamientos de Inés durante su camino; no envidiaba los pintorescos caseríos, ni las cómodas granjas que encontraba á su paso, pero no podía menos de lamentarse de su soledad en el mundo.

Ausente de su única y querida amiga, viendo á su madre enferma y casi muda, pasaba los días y las noches sola, porque su padre, cansado de correr los campos dirigiendo la labor, venía solo á casa para entregarse algunas horas al descanso.

¿Y Francisco? ¿qué habia sido de aquel Francisco, único objeto que llenaba el porvenir de la dulce Inés?

Ay! el destino fatal no contento con arrebatársela á su amiga, le arrebató también al amante, al esposo prometido en quien cifraba todas sus esperanzas, y Francisco partió como uno de tantos afiliados forzosos, que tan valientes como bisoños fueron á sacrificar en defensa de la patria una vida rica de porvenir y de esperanza.

Cuatro meses habian transcurrido ya desde la marcha de Francisco, y despues de la primera carta en que avisaba su salida de Valladolid, ni la menor noticia suya se habia recibido en Argandenes. ¿Sería indiferencia? olvido tal vez? Nadie podía decirlo, pero el corazón de Inés se rebelaba contra tamaña ingratitud, y al recuerdo de Francisco brotaron siempre las lágrimas de sus ojos.

¿Y cómo no llorar? Inés veía la desgracia que despues de la marcha de Teresa perseguía á su padre en todos los negocios, y se refugiaba en la idea de Francisco como en el ángel salvador, que habia de ofrecer el descanso al anciano en los postreros días de su vida.

Cuando llegó á la villa encontró á su madrina llorosa y conmovida, como si le acabase de suceder alguna desgracia.

—¿Qué teneis mi querida madrina? le preguntó Inés sentándose á su lado con familiaridad.

—¿Qué tengo? ¡Ay, hija mia! respondió la anciana derramando un torrente de lágrimas; una desgracia, una gran desgracia.... mi hija.... mi....

—Vuestra hija! pero qué le ha sucedido á la pobre Emilia?

—¿Qué!.... vamos.... el dolor no me permite decirlo. Ya sabes que su esposo es el comandante de la guarnición de Valladolid, cuya plaza se halla amenazada, segun dicen, por las tropas francesas. Emilia recibió una carta de su esposo en la que nada le decia de este riesgo, pero á ella se le amontonó el juicio, y sin respetar las razones que su marido pudiera tener para guardar silencio, se puso inmediatamente en marcha con un criado, diciéndome que queria morir con él.... Ay! Inés! es la primera vez que me hallo sola.... ¡Hasta hoy no habia casado á mi hija!

—Pero volverá.

—Volver? No volverá, no; hace mucho tiempo que su marido desea que vaya á unirse con él, y solo le retenía la idea de nuestra dolorosa despedida. Ahora ya se ha separado de mí, y al fin mi yerno querrá vivir con su mujer.... y nada mas justo, añadió la anciana enjugando sus lágrimas, que el marido y la mujer vivan juntos.

Inés, Inés, no te vayas, no, hija, que tenemos mucho que hablar.

—No me voy, no, señora.... yo estaré todo el tiempo que sea necesario para consolarla.

—Es preciso que lo sepas todo, es necesario que en recompensa del entrañable cariño que te profeso, te dispongas hacer algun sacrificio. Deseaba con ansia que vinieras, porque desde el momento que marchó mi hija, á quien acaso no volveré á ver, pensé en tí, como la única persona capaz de hacerme menos penosa su ausencia; por lo tanto mi mayor deseo en el día es que desde hoy mismo, si es posible, te quedes en esta casa. Quiero que vivas siempre conmigo, que abandones el trabajo ordinario del campo, y que dediques el tiempo á las labores domésticas mas delicadas y propias, que yo te hice aprender con tanto gusto en tus primeros años.... que vivas aquí.... sin volverte á separar nunca de mi lado.

—Pero señora, Vd. se olvida de que yo tengo padres.... eso es imposible.

—No, no es imposible. Tus padres estarán cuidados por una persona de toda nuestra confianza.

—Oh! Nunca!

Era tan significativa la exclamación de Inés, habia en ella tanto amor, tanta dignidad, que la anciana doña María cayó.

—¿Cambiaría Vd. á su hija por otra? dijo Inés procurando contener su sentimiento.

—No, no, es verdad, no he dicho nada; á pesar de que, si no quieres dejarlos, si no quieres entregarlos en manos estrañas, los traeremos

aquí.... aquí vivirán felices, descansados y bien asistidos. Además, Inés, en los pueblos grandes está la luz, y en Argandenes estarás siempre oscurecida como una lechuza; aquí brillarás, aquí vestirás como las demás jóvenes de la villa, que serán tus amigas, y te harán parecer un ángel, porque eres muy hermosa, hija mía!.... Te pones encarnada? ¡Cuántas veces te lo habrá dicho el espejo!

—Querida madrina, respondió Inés con amargura; yo agradezco con todo mi corazón la generosidad con que Vd. me ofrece su protección, pero un padre anciano y una madre enferma, son una carga que solo á los hijos puede parecer ligera. Sí, mi generosa bienhechora; traer aquí á mi padre, sería arrancarle la dulce satisfacción de ser el amo de su casa, pobre en verdad comparada con esta, pero que al fin, es suya. Traer aquí á una pobre anciana paralítica era decirle *muere*, porque ¿cómo se atrevería en una casa que no fuese la suya á abandonarse á esas impertinencias, hijas del mal humor, y que son el único desahogo de los enfermos incurables? Ay! no, señora.... no los dejaré.... ni los traeré, quiero vivir con ellos y consagrar si es necesario mi vida entera á su cuidado.

Aquí estará la luz, pero yo quiero mejor la sombra, la sombra de mi humilde cabaña, la sombra del hogar paterno, donde tan amargas horas paso; porque donde está el cumplimiento del deber allí está Dios, y ante Dios, señora, desaparece la sombra, porque Dios es la verdadera luz.

Inés vió llorar á su madrina, y se echó en sus brazos llorando también, y ofreciéndola venir todos los días que pudiera á consolarla.

Cuando ya nuestra pobre aldeana se disponía á marchar, la madrina le entregó una carta, que habían traído á casa de esta señora para que la remitiese á Inés.

Era una segunda carta de Teresa.

—Otra carta de Teresa, se decía con admiración, si apenas acabo de contestar ahora á la suya! y la guardó entre los pliegues del blanco pañuelo de muselina que cubría su modesto seno, reservándose el placer de leerla en el camino cuando estuviese ya cerca de la aldea, tomando enseguida el camino de Argandenes con el corazón agitado y el alma llena de tristeza.

—Ay! pensaba Inés durante su camino, todos me hablan de luz, del brillo, de la grandeza: todos ponen delante de mis ojos la seductora perspectiva de las riquezas.... Teresa.... mi madrina; ¿será que tendrán razón? Pero no, no puede ser. La verdadera luz es la del Evangelio, y esa no brilla en los bailes y en los saraos de Teresa.... Oh! allí, allí está la sombra que yo amo, exclamó vislumbrando la humilde espadaña de la aldea de Argandenes.... ¡Allí está la sombra de mis padres, la paz del alma, la luz de Dios!

V.

EL AGUILA SUBE.

Il monte, il monte et dans l'espace
Rien de plus visible à nos yeux!

NOEL.

Tranquila ya á la vista de la humilde aldea, Inés se sentó junto á unos álamos, y al tibio resplandor del sol de Enero, que en aquella tarde lucía sereno y despejado como en un día de primavera, se puso á leer la carta de Teresa, no sin haber derramado una lágrima que hizo brotar en sus ojos el recuerdo de su amado Francisco, de quien no tenía noticia hacia ya largo tiempo.

Hé aquí la carta de Teresa.

Paris 15 de Diciembre de 1810.

«Querida Inés, no me es posible tener paciencia para aguardar tu respuesta, y te escribo otra vez figurándome el placer que tendrás en saber cuán feliz soy, y cuán halagüeñas todas las imágenes que me rodean.

«¿Pero cómo referirte todo lo que aquí se vé, lo que aquí se goza, los lujos, los saraos, los portentos y maravillas de la corte?

«¿Cómo figurarte tú en esa miserable aldea los dorados palacios que nosotros habitamos, los magníficos tapices que se extienden bajo nuestros pies, y que Flandes nos dá en cambio de montones de oro: los cuadros y las estatuas que adornan nuestros gabinetes orientales, y las intrigas de las hermosas para arrebatarse los obsequios, los ramilletes y los amantes.

«En vano tu pobre inteligencia se afanaría en comprender todas estas cosas, porque en Argandenes apenas se piensa, y tus mas hermosos sueños, no serán ni con mucho un pálido reflejo de la realidad de mi vida.

«¿Cómo es posible Inés, que joven y hermosa quieras pasar tu vida en esas breñas, cuando hay otro mundo, donde las horas se resbalan suavemente entre músicas y fiestas, entre goces para tí desconocidos?

«Pobre Inés! ¡cuánto te compadezco! qué puedes prometerte de tu enlace con ese Francisco, que ahora se me figura tan rudo.... tan.... vamos.... solo miserias y desconsuelo.... creeme, Inés.... no te ligan para siempre á un hombre que nada puede prometerte en el mundo. Sé libre, véte con tu madrina á vivir á la Villa, de la Villa se va á Oviedo, de Oviedo... ¿qué se yo? la fortuna busca siempre á las hermosas.

«¡Qué diferencia de mi vida á la tuya! tú ahí escondida, sin saber nada de lo que pasa en el mundo, teniendo que hacerte la beata recogida, para que no tengan que decir tus vecinas; yo aquí, en la capital de Francia, que es hoy la capital de Europa, paseando con el general en las avenidas del bosque de Bolonia, en un coche magnífico tirado por cuatro caballos negros de la raza mas pura:

para mí son los mas hermosos ramilletes de flores que crecen en los jardines de Versailles, para mí los ricos chales, los terciopelos de Lion, y los encajes de Flandes y de Suiza.

«Mi palacio es un palacio de las *Mil y Una noches*, por todas partes perfumes, espejos de Venecia, músicas y cantores que me divierten cuando siento fastidio ó asomos de mal humor.

«A mi hermano apenas le veo. Desde que se ha consagrado á ser el capellan Abate de una linda duquesita no sale de su palacio.

«La orgullosa duquesa de Abrantes, las demás mariscales del Imperio, y hasta la duquesa de Montebello, que parecían que me esquivan mi amistad, han tenido al fin que abrirme los brazos y ofrecerme un asiento en sus magníficos salones, desde que se abrieron para mí las puertas del palacio imperial.

«Ayer al salir de misa de Nuestra Señora, el Emperador nos ofreció á todas las damas un libro de devociones hecho espresamente para nosotras con el nombre de *Paroissien imperial, dedicado á las damas del Imperio*.

«¡Si vieras con qué agrado me habló el Emperador! Al volver á casa el general no habló una palabra, y parecia como que queria llorar.... él que parece un Hércules, tenia celos, Inés!.... ¿Y qué quieres? cuando el Emperador me entregó mi libro de devociones, la reina Carolina, Madame Murat, frunció las cejas, preguntando á la princesa Borghese *¿quién es esa jóven tan linda?* Si para una mujer es siempre grato escuchar elogios, ¿comprendes, tú, cuánto gozaria yo al verme admirada por un círculo de reinas y princesas?

«Todo Paris no se ocupa mas que de las grandes fiestas que tendrán lugar cuando la Emperatriz dé á luz un heredero.

«¿Qué magníficas funciones serán estas, Inés! de seguro no tendrán rival en toda Europa!

«Estas fiestas no tendrán lugar hasta el mes de Abril, y si te decidieses á venir, aun tendrias tiempo sobrado para hacer el viaje con comodidad. ¿Quieres venir, Inés? quieres decidirte á contemplar de frente la luz del sol? Habla, y á la menor palabra tuya te haré trasportar á Paris con la velocidad de un cuento de hadas.

«¿Con qué gusto te presentaria yo en la corte! es tan hermosa y tan buena la Emperatriz!

«Esta noche va la corte al teatro francés á oír á la Rachel y á Talma, el Emperador va tambien, y las damas vestiremos de raso blanco con encajes de Bruselas, de á doscientos francos varas.... Pero se me olvidaba que tú no sabes quiénes son *Talma* y la simpática *Rachel*.... son dos buenos comediantes, como vosotros decis. La Rachel ha recibido ya de sus adoradores mas diamantes que los de la reina de Nápoles que son magníficos.

«Adios Inés; sabes que no te olvida nunca

Teresa.»

Inés volvió á leer hasta tres veces la carta,

porque aquella confusion de nombres, de fiestas y de reinas, alzaba en su cérebro una Babilonia, que le impedia formar un juicio acertado sobre tantas cosas.

Desprendiéndose Inés generosamente de todos sus pesares, reconcentró toda su atencion en la carta, y despues de haber reflexionado algunos instantes.

—Pobre Teresa! exclamó con amargura; ¡cómo te ha tendido Satanás su dorada red! ¡pobre hermana mia!

Inés tenia sus hermosos ojos cubiertos de lágrimas, y hubiera dado la mitad de su felicidad por poder sacar á su amiga de aquel sitio maldito en que tanto la asediaba el orgullo.... Sus propias penas se le habian vuelto menores, considerando lo infeliz que seria ella entre aquella riqueza deslumbrante, si la hubiese comprado á costa del honor, y desde aquel instante no pensó mas que en sacarla de allí, aunque para ello tuviese que hacer los mayores sacrificios.

Preocupada con aquella idea, se decidió á descubrir á su padre el secreto de Teresa, proponiéndose arrancarle la palabra de escribirle, brindándola con la paz y el amor que tenían su morada en aquella pobre casa.

Una vez tranquila prosiguió su camino acelerando el paso, porque la noche estaba ya cerca.

Al llegar á las primeras casas de la aldea empezaban á tocar el *Angelus*.

Inés se detuvo, y se arrodilló entonando en voz alta los dos primeros versículos, é iba ya á empezar el tercero, cuando metiendo la mano maquinalmente en el bolsillo de su vestido, se estremeció quedando fija é inmóvil como una estatua.

Seis onzas de oro, que habia recibido en la villa para su padre, se le habian caido del bolsillo sin saber adónde.... Inés se sintió desfallecer, porque un presentimiento siniestro le hacia ver en aquella pérdida una completa ruina.

La pobre jóven volvió á recorrer el camino con la velocidad de un ave, pero la noche iba cerrando por momentos, y en vano escudriñó todos los sitios, en que se habia detenido, todas las veredas que habia cruzado, nada halló. Solo las tinieblas que la envolvian por todas partes, y el miedo que la ponía alas en los pies, haciéndole ver un fantasma en cada árbol, y un espíritu malo en cada insecto que cruzaba el aire.

Acostumbrada á buscar siempre refugio en la religion, Inés ofreció á Dios el pesar que acababa de sufrir, cobró ánimo para cruzar los tortuosos senderos que conducian á su casa, y aunque la campana de Argandenes habia cesado de tocar, se arrodilló en el suelo, diciendo con verdadera resignacion: «Hé aqui la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.»

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA CONQUISTA DE GRANADA.

DIÁLOGO ENTRE DOS MOROS.

Zaide.

¿Quieres decirme Gazul,
el de la marlota blanca,
cuáles son esas banderas
que tremolan en la Alhambra
ondeando por el viento
de rojo y jalde pintadas?
¿Quiénes son esos guerreros
que en las puertas y murallas
se muestran tan orgullosos
armados de todas armas?
¿Quién es el joven caudillo
que sobre luciente malla
rica sobrevesta lleva
de hermoso paño escarlata?
¿Por qué tan tristes, desiertas,
están las calles y plazas?
¿Dónde están las bellas moras
que en las fiestas y en las zambras
mostraban su donosura
ricamente ataviadas?
¿Do se fueron esas tropas
aguerridas, veteranas
que tantos dias de gloria
conquistaron á su patria?

Gazul.

Esos guerreros ¡oh Zaidel!
armados de todas armas
que con ceñudo semblante
guardando están la muralla,
son los soldados cristianos
que han conquistado á Granada.

Esa orgullosa bandera
de rojo color pintada
que ondeando por el viento
tremolar se ve en la Alhambra,
publica desde el altura
que ya es cautiva Granada.

Esa enseña que á su lado
tan altiva se levanta,
que apenas los ojos pueden
alzarse para miralla,
ese signo del cristiano,
esa blanca cruz de plata,
deslumbradora, esplendente,
diciendo va con la fama
que la altiva media-luna

cayó por siempre en Granada.

Nuestros mejores soldados,
nuestras tropas veteranas
murieron en cien combates
del enemigo diezmadas.
Por eso yermas, desiertas,
están las calles y plazas;
por esto nuestras hermosas
en las fiestas y en las zambras
no muestran ya su donaire,
ni su belleza y sus gracias,
y en medio de sus hogares
tristemente retiradas
lloran unas sus amantes,
lloran otras á Granada.

Zaide.

Y mientras se muestra altivo
el infiel en Bibarrambla,
¿el rey Boabdil qué hace?

Gazul.

Corre al Africa abrasada
con Aixa la inflexible
y con su esposa Moraima,
para ocultar á los hombres
en sus playas ignoradas
su vergüenza y la ignominia
de haber perdido á Granada.

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

PRENDAS DE AMOR.

ROMANCE PASTORIL.

A la sombra de los cielos
estaba el pastor Zamarro,
quejándose de su suerte
aun mas negra que sus manos;
y cuando mas berreaba
fuese un zagal acercando,
tiróle de las orejas
y dióle dos latigazos.

«No llores mas, animal,
le dijo; calla borracho,
coje pronto tu zambomba
y cantarémos un rato.
Tambien á mí me quería

Teresona, y me ha olvidado,
y ya tan solo conservo
por recuerdo sus regalos;
un pedazo de sus ligas,
que es este cordel de esparto,
y unos pelos que me dió
cuando se estaba peinando:
un puchero y un garrote
mas gordo casi que un árbol,
un cuerno para beber,
una sarten y un zapato.
Ay! cuántas y cuántas horas
pasé cantando á su lado,
y cuántas veces me dijo
que lo hacia como un grajo!
¡Cuántas veces que rondaba
á la puerta de su cuarto,
me vertió encima un caldero
y me dejó tiritando!
y á fé que bien conocía
que era el pastor mas gallardo:
que si soy algo moreno
es porque no soy mas blanco.»
Calló el pastor en seguida,
agarró el rabel y arco,
y cantó de esta manera,
mientras lloraba Zamarro.
«Adios, adios, Teresona,
la de los colmillos largos;
adios, la ninfa gallarda,
que tiene por cuerpo un saco;
adios, que ya no veré
tu rostro amarillo y chato,
sino cuando estés delante
y te estuviese mirando.
Y si acaso me muriese,
que no lo quiera los santos,
no podré vivir zagala,
y me buscarás en vano.»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

COSTUMBRES.

LA VIDA ES SUEÑO.

Este dicho, que para algunos no será otra cosa, es para otros una verdad, para muchos un axioma, y para mí una sentencia altamente filosófica y verdadera, sin que por esto trate de pedir un privilegio por una clasificacion que otros mil individuos de la raza que piensa, la habrán

dado antes que mi humilde persona. Sea de esto lo que quiera, y aunque no creo que en ello he de hacer bien alguno á la humanidad, ni aun el pequeñísimo de contribuir á su distraccion, voy á decir al lector que quiera leerme, que no será muy austero por supuesto, las razones que me han movido á emitir la opinion que antecede.

Dicelo Calderon; y en mi concepto no solo lo dice, sino que lo prueba en una de las muchas joyas, con que ha engalanado nuestra escena, y por las que ha merecido tan justamente el nombre de inmortal. Esta es una de mis razones; y si no lo es para algunos que no conocen al dicho señor, aunque saben en cambio la vida de la *Guy*, los milagros de la *Fuoco*, los gustos de la *Vargas*, y los prodigios de la *Nena*, para mí y para los que como yo le veneran como á un digno y respetabilísimo maestro, no deja de tener algun fundamento y sobrado peso.

La segunda razon está fundada en la experiencia, y por consiguiente al alcance de todos; y esto sin necesidad de tomarse el trabajo que empleó el bendito canónigo, autor de la *Fénix Troyana*, que tuvo la insigne paciencia de hacinar unos seis mil testos, á fin de patentizarnos las probabilidades que habia de que nuestro padre Adan hubiese estado en Chelva, lugar de su nacimiento. Digame si nó el pacientísimo que todavía sigue el tortuoso curso de mis renglones, ¿no ha conocido en los cortos ó largos dias de su existencia á algun discipulo de Vitrubio, que, á pesar de habersele venido á tierra á los dos meses de haber dado por terminada su obra, la casa que edificó, se cree superior á Alonso Cano, á Villanueva y á todos los demás distinguidos profesores de su arte? ¿No ha tratado á algun aprendiz de literato, que por haber traducido un perverso *Vaudeville*, y escrito una comedia imitando á Lope en que habla de los requesones de Miraflores y del Liceo artístico y literario, se imagina superior á su modelo? ¿No ha oido siquiera hablar de algun intruso comerciante, que sin crédito, honradez, dinero, ni cosa que lo valga, espera ser un Rotschild, sin embargo, y adquirir andando el tiempo la susodicha probidad, á que tan desacostumbrado se encuentra? Pues bien, todos estos y otros muchos que seria prolijo enumerar, sueñan, ó mejor dicho, viven soñando. ¡Tristes de ellos si algun dia llegan á despertar, porque este sin duda será el último de su existencia!..

La tercera razon... pero no arrugueis el ceño, pio lector, no es una razon, sino historieta breve aunque con sus puntas de ridícula, lo que voy á poner á continuacion; á fin de llevar adelante mi propósito, si no se opone á ello la pluma, que es el arma para tratar de tales asuntos, tan poco conocida de mi *señoría* como lo es el fusil del recluta que apenas filiado ignora aun las mil y una causas que han de hacer tan poco estable la cabeza sobre sus hombros, como lo es el amor en el corazon de las mujeres, ó la paga en los bolsillos de una viuda ó de un cesante.

Antes de comenzar mi narracion, y para darme mas autoridad, cúpleme decir que mi nombre es *Lucas Cecial*, descendiente en linea recta del famoso escudero del *Caballero del Bosque*, de que habla el amigo Cervantes; aunque un tanto mejorado en sentido de su latitud; que he nacido en el mismo pueblo, de cuyo nombre no quiso acordarse el susodicho amigo, al cual me lisonjeo de imitar, aunque en esto solo; y por último, que habiendo quedado huérfano en mis primeros años un cierto tío, hermano de mi padre, me trajo á Madrid, donde he vivido y resido en la actualidad. Sentados estos precedentes, nadie estrañará que una dolencia que prensó y aun satinó mi ya enjutisima persona, me llevase al lugar donde nació y murió el *ingenioso hidalgo*, con el objeto de recuperar mi salud, y engordar, si era posible, á beneficio de los aires natales; á pesar de que tradicionalmente se sabe que desde *Sancho Panza* acá, no ha habido otra persona gruesa ni medio gruesa en el pueblo, aunque si muchas dotadas de un vigor y fealdad nada comunes.

Medio dia era por filo, que podia rapar, no mi barba que es poca y mala, sino mis narices que son grandes y ternillosas, cuando apeándome de una mula en que iba caballero, me arrojé en los brazos de D. Abundio Bisturi, digno prosélito de la antigua medicina, admirador de las doctrinas del doctor Sangredo, y encargado del despacho de pasaportes para el otro mundo, comision que ejecutaba á las mil maravillas y con aprobacion de todos mis paisanos. Desalojado que hubimos todos nuestros corazones (porque el tal Bisturi era, es decir, habia sido íntimo amigo de mis padres, que santa gloria hayan, y les habia por ende despedido de este valle de lágrimas), enterado de los motivos que á mi pueblo me llevaban, y ofrecido que me hubo sus conocimientos que reusé, suponiendo que el cambio de aires y de alimentos bastaria para mi completa curacion, nos trasladamos al comedor, pues habia sonado la hora que el doctor dedicaba á los trabajos de masticacion; y en medio de él y de una sobrina suya, de tez morena, color que prefiero, aunque no desprecio el blanco, recuperé algun tanto mis fuerzas, que el cansancio y el mal aniquiladas tenían.

Nada diré de la vida de D. Abundio, en cuya compañía estuve todo el tiempo que en el lugar residi; nada de la vulgaridad de este último, ni de las costumbres harto comunes de sus moradores; nada, en fin, de su cultura y moralidad: pero lo que no quiero pasar en silencio es la locura de D. Nicomedes Paniagua, conocido por el pseudónimo de *Roe-libros*; porque despues de haberlo visto y tratado seria capaz de sostener contra la Sorbona entera, y contra el mismo M. Arago, y todos los institutos de ciencias antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, célebres ó no célebres, el epígrafe que ha dado origen á este artículo, es decir, que *la vida es sueño*.

No hay duda que la fama es una gran cosa, y que merece que por ella se den los hombres de

coscorriones. Digo esto, porque aun no habia espirado el dia de mi llegada al pueblo, y ya sabia que en él existia el D. *Roe-libros*, y ya tenía deseos vehementes de conocerle; y no hubiera podido reposar aquella noche sino hubiera arrancado á mi patron la promesa de que me presentaria en su casa. Dado este paso en descargo de mi curiosidad, me acosté temprano, y apreté los ojos á fin de dormirme pronto y aminorar de este modo el plazo que me hacia largo mi impaciencia; soñé con Paniagua, desperté temprano, hice levantar á D. Abundio, tomamos chocolate de prisa y corriendo, y alegre, en fin, me encaminé sin soltar el brazo de mi guia al templo de mis deseos.

Omitiré la arenga de introduccion que pronunció el sapientísimo Bisturi, porque anheloso de ir á llenar los deberes de su profesion, estuvo breve y compendioso aunque urbano y elocuente, y pasaré á detallar sucintamente el menage y las cualidades físicas y químicas de D. Nicomedes. Este era sugeto de una estatura aventajada, sus pupilas de un color verdoso nadaban en medio de su amarillenta conjuntiva, su nariz era robusta y algun tanto torcida, su tez amarilla, su andar vacilante, sus carnes nulas, y sus huesos salientes. Imagínese el lector esta figura poco agradable de por sí, recorriendo de un extremo á otro y con lentitud una sala larga de paredes amarillas por la humedad, decoradas con algunos cuadros amarillos por el tiempo, y en la cual habia colocados á trechos algunos sillones antiguos con asientos de damasco amarillo tambien, un enorme estante pintado de almazarron, y una mesa de nogal de forma caprichosa, y no dudo experimentar á un olor de momia capaz de trastornar los sentidos del hombre de mejor temple. Esta fué al menos la primera sensacion que creí experimentar al penetrar en aquella morada del anticuario, filósofo, médico, jurisconsulto, filólogo, sonámbulo, teólogo, ideólogo y veterinario, Don Nicomedes Paniagua.

Pasado que hubo la escena de reconocimiento, identificada mi persona, y enterado de que ambos éramos paisanos y conocidos antiguos, mi interlocutor me dirigió la palabra del modo siguiente:

—Aunque parezca descortesía, amigo Cecial, puesto que V. ha abandonado su pueblo para marchar á Madrid al lado de su tío, habrá dejado sin duda la agricultura que profesaba su buen padre, y seguido en cambio alguna carrera?

—Así es la verdad, señor de Paniagua, le respondí.

—Y cuál ha sido la profesion porque V. se ha decidido? Cuáles son sus estudios?

—Mis estudios, repuse, han sido, despues de los elementales, todos los que tenían ó podían tener relacion con la medicina, que era el fin á que se encaminaban mis deseos?

—Y se ha recibido V. ya de doctor? ha empezado V. á ejercer su facultad?

—En cuanto á la primera parte de la pre-

gunta, puedo contestarle á V. afirmativamente; respecto á la segunda diré, que habiendo tenido ocasion de leer algunas obras de homeopatía, y aficionado desde entonces á las doctrinas de Hahnemann, he querido estudiarlas detenidamente, á fin de ejercer su sistema, que creo muy superior á todos los que se han ido sucediendo desde Hipócrates hasta el día.

Escusado es decir que á esta última pregunta, sobre el mismo asunto siguieron otras ciento; y que satisfecho de mis respuestas, me rogó que á mi vuelta á la corte le remitiese alguna obra que pudiese iniciarle en los principios homeopáticos: despues de lo cual, y luego que me hubo contemplado en silencio por espacio de algunos segundos: amigo mio, me dijo, V. será con el tiempo un grande hombre.

—Gracias, señor D. Nicomedes, V. me hace mas favor del que merezco.

—Nada de eso; á su entrada, á la simple inspeccion de su figura sin haber aun tenido el gusto de oírle á V. hablar, habia ya formado mi opinion y dicho para mis adentros que el estudio y la ambicion de gloria serian las dos pasiones que mayor predominio ejercerian en el curso de su existencia.

—Y en qué se fundaba V. para formar respecto á mi persona un juicio tan favorable como poco merecido?

—¿En qué me fundaba, amigo mio? me contestó; en qué me fundaba? en la altivez de su mirada de *águila*, y en la forma de su nariz de *idem*, que me indican que antes de ahora su alma de V. ha debido residir en el cuerpo de alguna reina de las aves; y que al pasar á un cuerpo humano ha conservado los instintos altaneros y generosos que forman la vida *moral*, digámoslo así, de los individuos de la familia *águila*.

Grande fué mi estupefaccion, y heroicos los esfuerzos que tuve que hacer para contener la risa que inflaba mis carrillos y amenazaba estallar violentamente, al oírle explicarse de tal modo; contúveme, empero, y guardé silencio una aclaracion que no se me hizo aguardar por mucho tiempo.

—Tendria V. inconveniente, me dijo, en acompañarme hoy á comer, á fin de que pudiésemos hablar á nuestro sabor algunas horas?

—Ninguno, le contesté: léjos de eso, me creeré muy favorecido, admitiendo una oferta tan lisonjera, y con la que me creó mas honrado de lo que merezco.

—El honrado y favorecido soy yo, dijo Panagua, echándome los brazos al cuello; setenta y dos años tengo, y cincuenta y siete he dedicado al estudio; si mi cuerpo se ha debilitado, mi espíritu en cambio se ha fortalecido; al cabo de mil fatigas, por premio de ellas, y merced á los adelantos de las ciencias, he podido en fin recordar hechos que se han verificado hace muchos siglos: conozco detalladamente mi historia, y las trasformaciones de mi ser; sé, en fin, todo cuanto anhela saber: pero ¿puede ser completa una fe-

licidad que pasa tan callada como el tiempo, y tan ignorada como la cuadratura del círculo? No, amigo mio: mis dichas hasta hoy han sido incompletas, mi vida un minuto, y el fruto de mis trabajos nulo, porque á nadie he podido hacer partícipe de mis goces, porque hasta ahora y para todos únicamente he sido un buho encerrado en mi sombrío y silencioso albergue; porque si hubiese, en fin, llamado al médico y al cura y al boticario, que son las únicas personas de algun criterio del lugar, no me hubiesen entendido y hubieran escuchado con frialdad verdades que me han costado años enteros de vigiliias y sinsabores. El honrado y el favorecido soy yo, vuelvo á decir, porque he encontrado una persona que me comprenderá, un jóven que estimará en su justo precio mi descubrimiento, un hombre, en fin, capaz de entender la doctrina de Pitágoras, mi maestro, y de apreciar la espiritualidad de su metempsicosis.

Si admirado me quedé al oír los primeros preludios de la locura de *Roe-libros*, figúrese el lector cual seria mi asombro al verla desenvuelta en toda su latitud, y al escuchar de sus labios, despues de cuatro horas dedicadas á explicarme los preliminares de su pretendido descubrimiento, que sabia á ciencia cierta que su alma habia residido en el cuerpo de Phocion, en el de uno de los esclavos favoritos de Cleopatra, en el del Cid Campeador, en el del verdugo que decapitó á D. Alvaro de Luna, en el de un fraile, y en el de un mendigo. Y si grande fué mi risa, ó por lo menos grande el empeño que puse en evitarla cuando me vi clasificado en el grupo de las aves rapiañas, ¿cuál no seria, repito, mi estoicismo y heroicidad cuando pude oírle añadir, sin que la hilaridad me estrangulase, que recordaba tambien haber sido en los primitivos tiempos calabaza, gato, buitre y toro, segun lo atestiguaban el color de su tez, la fortaleza de sus uñas, la forma de su aparato nasal, y las infidelidades que le habia hecho su mujer que en paz descansen?

Sea de esto lo que quiera, y para concluir mi desaliñadísima narracion, debó decir que interin permaneci en el pueblo, fui diariamente á hacer mi visita á D. Nicomedes; que le oí hablar estensamente de metempsicosis, y de todos los ramos del saber humano, y que me lisongeo haber tratado al hombre mas estudioso, mas estrambótico y mas loco, que han parido madres. El día 1.º de este mes, que regresé á Madrid, tuve con él la última y mas graciosa entrevista; y al separarme de su lado, y durante el camino, y en mi casa, al llegar, y hoy y siempre que recuerdo que existe un hombre, que no contento con el sueño de toda su vida y el que le espera despues que concluya, ha querido buscarle antes de venir al mundo; repetiré, disputaré, refiré, y aun me mataré con todo malandrín que se atreva á negarme que la *La vida es sueño*.

LÚCAS CECIAL.

LA NIÑA ENVIDIOSA.

De la pradera, niña,
¿por qué te alejas
y en el bosque te ocultas
dándole quejas?

Dime, ¿qué enojos
causa son de que el llanto
nuble tus ojos?

Y tus mejillas pálidas
como la aurora,
¿por qué se arden en fuego
que las colora?

Los desengaños,
¿ya marchitaron, niña,
tus tiernos años?

Las flores que tu frente
ciñen deshojas,
y por el suelo esparces
todas sus hojas!

Ay! tristes flores,
te amaron y murieron
por tus rigores!

De la mariposilla
como otras veces
¿por qué el vuelo no sigues?
¿Tanto padeces?

Bah! seca el llanto;
será el baile el consuelo
de tu quebranto.

Mira que tus amigas
te buscan todas,
y no es cosa de que pierdas
tan ricas bodas.

Rosa te llama;
de su novio en el baile
serás la dama.

Laura, llorando sigues
y no te mueves?
¿No quieres ver la fiesta?
—No, no me lleves,
que mal podría

disimular mis penas
y mi agonía.

—Pero en fin, ¿no me dices
niña cuitada,
por qué estás en tal día
desconsolada?

—No me detengas.
—Me voy; con tus pesares
allá te avengas.

Y en el valle bailaban
las niñas todas
celebrando de Marcos
y Ana las bodas.

Y Laura bella
lloró por no haber sido
la novia ella.

CÁRLOS FRONTAURA.

AL ARTISTA.

Alza la noble frente hijo del cielo,
Rayos lanza de clara inteligencia:
Tú eres el sol que alumbra nuestra mente,
A tu acento nuestra alma se despierta.

Dan tu nombre los siglos á los siglos,
Tu gloria entre los hombres es eterna....
Ah!... cómo no adorarte si en tu rostro
La pura imagen del Criador refleja?...

Humildes son los lauros si tu frente
Han de ceñir; son dones de la tierra,
Para premiarte artista, es mas sublime
La pura adoracion de la inocencia!

EMILIA DE SANTA COLOMA.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.